

BERNARDO SHAW

7801

NON OLET

COMEDIA

en tres actos y en prosa

traducida del inglés al español por

JULIO BROUTÁ



Copyright, by Julio Broutá, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

NON OLET

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BERNARDO SHAW

NON OLET

COMEDIA

en tres actos y en prosa

traducida del inglés al español por

JULIO BROUTÁ



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1907

PERSONAJES

SARTORUIS.

BLANCA, su hija.

EL DOCTOR HARRY TRENCH.

WILLIAM DE BURGH COKANE.

LICKCHEESE.

UNA DONCELLA.

UN CAMARERO.

La acción del primer acto en Remagen de Rin. La del segundo en una quinta en Súrbiton, cerca de Londres.

El tercer acto pasa en Bedford Square, en Londres.

Época: por los años del 1880



PREFACIO

La presente comedia se llama en el original *Widowers' Houses*. («Las casas de los viudos»), palabras con las que empieza un versículo de la Biblia que todos los ingleses se lo saben de memoria. Es la primera obra que Bernard Shaw escribió para el teatro y se estrenó en el *Independent Theatre* el 9 de Diciembre de 1892, por más que Shaw la escribiera ya media docena de años antes. Como en España la Biblia no se conoce mucho, he creído deber elegir otro título para mi versión, y recordando la anécdota clásica del patricio romano cuyo hijo se avergonzaba de los negocios hediondos de su progenitor, pero luego, al recibir de este una fuerte cantidad producto de ellos, confesó que el dinero no olía mal, he adoptado el título latino *Non Olet*, que creo corresponde perfectamente al contenido y la tendencia de la pieza.

Esta comedia pertenece á la serie de las *no alegres* (*unpleasant*) y, sin embargo, el que la leyere la encontrará graciosa y, si no ahonda, muy alegre. La aparente contradicción que aquí existe se aclarará perfectamente leyendo el siguiente párrafo sacado del prólogo que Shaw escribió para el tomo de sus *Unpleasant Plays*.¹ Dice así:

«Para concluir, una palabra para explicar por qué he designado las tres piezas de este primer tomo como *desagradables*. La razón es bastante obvia, siendo así que su fuerza dramática tiende únicamente al fin de obligar al espectador á encararse con hechos desagradables. No hay duda de que todas las obras dramáticas que se ocupan sinceramente en problemas y conflictos de la humanidad tienen que pugnar con el concepto monstruoso de que la misión primordial de la poesía es sólo agradar. Aquí nos hallamos frente á frente, no solamente con la comedia y la tragedia de los caracteres individuales y del destino, sino con aquellos horrores sociales que arrancan del hecho de que los ingleses en general, por honrados y buenos que sean dentro de la esfera de la vida privada, son, como ciudadanos, seres perversos que, mientras están clamando por una era de libertad económica absoluta, cierran los ojos ante los abusos más tremendos, si el remedio de esos abusos ha de aumentar en sólo un penique las contribuciones que tan de mala gana pagan. En la pieza *Widowers' Houses* he expuesto el caso de la respetable clase media y su refinada prole cebándose con lo que sacan de las miserables viviendas del proletariado, como las moscas se ceban en la basura. Este no es un tema agradable.»

No olvidemos que Shaw en todas sus obras persigue un alto fin social, sin dejar de hablar al cerebro y al corazón.

JULIO BROUTÁ



ACTO PRIMERO



La escena representa el jardín-restaurant de una fonda en Remagen á orillas del Rin. Hace una hermosa tarde de Agosto, y estamos por los años ochenta del siglo pasado. Mirando río abajo, hacia Bonn, se ve á la derecha la puerta del jardín que da al lado del río. La fonda está á la izquierda. Tiene, añadido al cuerpo principal, un edificio de madera con una entrada encima de la que hay un letrero que dice: Comedor. Un camarero atiende á su servicio.

Un par de turistas ingleses salen de la fonda. El más joven, doctor Harry Trench, tiene unos veinticuatro años de edad, es de apariencia robusta, de cogote ancho, pelo negro cortado al rape, y sus modales son desenvueltos como de un estudiante en medicina; es de carácter franco y de movimientos vivos, como de muchacho. El otro, mister William de Burgh Cokane, es de más edad—probablemente pasó de los cuarenta, tal vez de los cincuenta,—es un caballero desmedrado, de escaso pelo, con maneras afectadas, nervioso, irritable y todo él ridículo para ojos sin compasión.

COK.

(En la puerta de la fonda, llamando imperativamente al Camarero.) Saque usted dos vasos de cerveza para nosotros. (El Camarero va por la cerveza. Cokane entra en el jardín.) Nos han dado la habitación con las vistas mejores del hotel, Harry, gracias á mi tacto. Marcharemos mañana tempranito y veremos á Maguncia y Francfort. Hay en Francfort, en casa de un noble, una estatua de mujer muy bonita.

Allí hay también un jardín zoológico. Al día siguiente, Nuremberg. Allí se ve la mejor colección de instrumentos de tortura que existe en el mundo.

TRENCH Muy bien. Tú te encargarás de mirar las horas de los trenes, ¿eh? (Saca una guía de ferrocarriles y la tira sobre la mesa.)

COK. (Levantándose vivamente en el momento de quererse sentar.) ¡Puah, qué polvo hay en este asientol! Estos extranjeros son deplorablemente sucios en sus costumbres.

TRENCH (Alborozado.) No hagas caso, hombre. La vida es hermosa. Alégrate. Bebe Rin. (Hace caer, de un empujón, á Cokane sobre la silla, se sienta en frente de él, saca su pipa del bolsillo y canta ruidosamente.) Sí, bebe Rin.

Y en la copa vierte
el vino ideal;
¡que corra, cual fuerte
y libre raudal!

COK. (Escandalizado.) En el nombre de la decencia social, Harry, acuérdate de que eres un caballero y no un hortera de los suburbios en fiesta de domingo.

TRENCH ¡Demoniol... Yo he salido de mi casa para divertirme. Lo mismo harías si acabases de aprobarte después de cuatro años pasados en la escuela de medicina y practicando en los hospitales. (Vuelve á cantar)

¡Fuera, fuera penas!
El dulce licor
enciende en mis venas
las llamas de amor.

COK. (Levantándose.) Mira, Trench: ó viajas como una persona bien educada, ó viajas tú solo. Estas maneras son las que hacen impopulares á los ingleses en el continente. Aun no importaría tanto á los ojos de los naturales del país; pero las personas que subieron á bordo del vapor, en Bonn, eran ingleses. Toda la tarde he estado molesto pensando en lo que dirán de nosotros. Fíjate en la facha que tenemos.

TRENCH ¿Qué hay que decir de nuestra facha?

- COK. *Negligé*, amigo mío, *negligé*. Aun á bordo del vapor podía pasar; pero aquí en el hotel hay que ir vestido á la mesa, y con esa americana de dril que llevas, estás hecho un dandy. ¿Cómo va la gente á conocer que eres de buena familia si no lo demuestras por tus maneras?
- TRENCH ¡Qué!... los pasajeros eran la hez de la humanidad: americanos y gente por el estilo. Que vayan á escardar cebollinos, Billy. ¡A mí qué! (Enciende una cerilla y acerca la llama á su pipa.)
- COK. Hazme el favor, Trench, de dejar de llamarme Billy delante de la gente. Me llamo Cokane. Estoy seguro de que aquellos ingleses que vinieron con nosotros son personas de posición. Ya habrás notado el aire distinguido del padre.
- TRENCH (Súbitamente serio.) ¡Ah, aquel caballero y su hija! (Apaga la cerilla y se mete la pipa en el bolsillo.)
- COK. (Aprovechando la ventaja.) Pues están aquí, en este hotel. Ahí en el vestíbulo he visto el paraguas del padre.
- TRENCH (Ligeramente avergonzado.) La verdad es que hubiese yo debido traer un traje para mudarme. ¡Pero es tan molesto viajar con equipaje! De todos modos, (Levantándose de repente.) podremos subir al cuarto á asearnos. (Se vuelve para entrar en la fonda, pero se queda parato con espanto al ver unas personas que entran por la puerta que da al lado del río) Ya me lo figuraba. ¡Ahí están!
- (Una señora y un Caballero seguidos de un muchacho con paquetes—compras en las tiendas—entran en el jardín. Aparentemente son padre é hija. El caballero tiene unos cincuenta años de edad, está bien conservado y muy tieso. Su modo de hablar incisivo y dominante y su porte imponente, su nariz aguileña, y su cara limpiamente afeitada le dan aire de importancia. Lleva una larga levita gris claro con solapas de seda, un sombrero blanco, y unos gemelos en un estuche de cuero. Es un hombre que ha ganado su dinero á pulso. Es temible para los criados y poco accesible para todo el mundo. Su hija es una señorita elegantemente ves-

tida, de buenas carnes, guapa, de espíritu fuerte, de maneras bastante señoriles, pero siempre es la hija de su padre. Sin embargo, fresca y atractiva y no de las peores, por más que es más enérgica y vivaz que delicada y refinada.)

COK. (Tomando de pronto á Trench del brazo, quien está mirando fijamente, como trasfijo.) Vamos, hombre, no te pongas así. Presencia de espíritu, presencia de espíritu. (Va con él hacia la fonda. El Camarero sale con la cerveza.) Kellner, ceci-la est notre table. ¿Est-ce que vous comprenez français?

CAM. Yes, sar. Ol rit, sar.

CAB (Al Muchacho de los paquetes.) Ponga usted todo eso en esta mesa. (El Muchacho no entiende.)

CAM. Caballero, esta mesa es de esos señores. Si le parece...

CAB. (Con severidad.) Habérmelo dicho antes. (A Cokane con condescendencia altanera.) Caballero, siento la equivocación.

COK. Nada, por Dios. Conserve usted la mesa si gusta.

CAB (Volviendo la espalda.) Gracias. (Al Muchacho.) Coloque usted las cosas en esta mesa. (El Muchacho no se mueve hasta que el Caballero designa los paquetes con la mano y los arrastra enérgicamente hacia otra mesa cerca de la puerta.)

MUCH. Bien, caballero. (Coloca los paquetes en la mesa.)

CAB. (Sacando un puñado de dinero.) Camarero.

CAM. Yes, sar. (Casi asustado.)

CAB. Té. Para dos. Aquí fuera.

CAM. Yes, sar. (Entra en el hotel.)

(El Caballero escoge una monedita de entre el puñado de dinero y se la da al Muchacho quien la recibe con muestras de respeto, no atreviéndose á hablar. El Caballero saca un Baedeker y coge una silla. Luego, antes de sentarse, lanza una mirada fiera á Cokane como esperando que se aleje. Cokane, sin apurarse en lo más mínimo, vuelve á ocupar su sitio á la mesa de al lado con un aire modesto de buena educación y llama á Trench que está paseando irresoluto por el foro.) Trench, ven que ya está la cerveza. (Bebe.)

TRENCH (Contento de tener un pretexto para volver á su silla.) Voy, Cokane. (Se sienta y bebe también.)

- COK. A propósito, Harry, dime. ¿Lady Roxdale, es hermana de tu padre ó de tu madre? (Este tiro surte inmediatamente efectos. El Caballero escucha con evidente interés.)
- TRENCH De mi madre. ¿Pero á que viene esa pregunta?
- COK. Es que estaba yo pensando... que ella estará deseando que tú te cases. Un médico tiene que casarse.
- TRENCH ¿Qué tiene ella que ver con eso?
- COK. Más de lo que te figuras, querido amigo. Ella es la que habrá de lanzar á tu mujer en la sociedad de Londres.
- TRENCH ¡Bah!
- COK. ¡Ah, tú eres joven, tú no conoces la importancia de aquello, en apariencia bagatelas vanas, pero en realidad ruecas y resortes de un gran sistema aristocrático! (El Camarero viene con el servicio del té y lo coloca en la mesa del Caballero. Cokane se levanta y se dirige al Caballero.) Caballero, dispense usted que me dirija á usted, pero me parece notar que usted preferiría esta mesa que estamos ocupando.
- CAB. (Amablemente.) Muchas gracias. Blanca, este caballero tiene la fineza de ofrecernos su mesa, si tú la prefieres.
- BLAN. ¡Oh, gracias, no se moleste! Estamos bien aquí.
- CAB. (A Cokane.) Somos compañeros de viaje, si no me equivoco.
- COK. Compañeros de viaje y compatriotas. ¡Ah, qué agradable es encontrar con quien hablar su propio idioma cuando viaja uno por el extranjero! ¿No le parece á usted?
- CAB. (Un poco cohibido.) Hombre... desde un punto de vista romántico, es posible, sí. Pero en realidad el idioma inglés me recuerda mi país, y cuando estoy en el extranjero, no me gusta recordarlo. Para eso no valdría la pena de gastarse el dinero en viajes. (Mirando á Trench.) Este caballero creo también viaja con nosotros.
- COK. (Haciendo de introductor.) Mi estimado amigo, el doctor Trench. (El Caballero y Trench se levantan.)

- tan.) Trench, amigo mío, permítame que te presente á... á... (Mira interrogativamente al Caba-
llero esperando que este le diga su nombre.)
- CAB. Permítame que le apriete la mano, señor
Trench. Me llamo Sartorius, y tengo el ho-
nor de ser conocido de lady Roxdale, quien
como creo, es pariente cercana de usted.
Blanca, (Ella alza la mirada.) te presento el doc-
tor Trench.
- TRENCH Permítame, señor Sartorius, que le presente
á mi amigo Cokane, mister William de
Burgh Cokane. (Cokane hace una reverencia pro-
funda. Sartorius se inclina con dignidad. Mientras tan-
to el Camarero viene con la tetera, el agua caliente,
etcétera.)
- SART. Dos tazas más.
- CAM. Yes, sar. (Entra en el hotel.)
- BLAN. Póngase azúcar, mister Cokane.
- COK. Gracias. (A Sartorius.) Es usted demasiado
amable. Harry, arrima tu silla aquí.
- SART. Su compañía de ustedes nos es muy agrada-
ble. (Trench arrima su silla a la mesa del té y todos
se sientan alrededor. El mozo viene con dos tazas
más.)
- CAM. Señores, la mesa redonda es á las seis y me-
dia. ¿Desean algo más?
- SART. No, puede usted retirarse. (El Camarero se va.)
- COK. (con gran amabilidad.) Miss Sartorius, ¿piensa
usted estar muchos días aquí?
- BLAN. Pensamos ir hasta Rolandseck. ¿Es tan bo-
nito como esto?
- COK. Harry, el Baedeker. (Pronúciense Bédeker.) Gra-
cias. (Consulta el índice y busca Rolandseck.)
- BLAN. ¿Azúcar, doctor?
- TRENCH Gracias. (Le presenta la taza y le mira con insisten-
cia. El baja en seguida la vista y mira de reojo a Sar-
torius que esta ocupado con una rebanada de pan con
manteca.)
- COK. Rolandseck resulta ser un punto de los más
interesantes. (Lee.) «Es uno de los sitios más
hermosos y frecuentados del Rin. Está ro-
deado de numerosas quintas y jardines de
recreo, que son en su mayor parte propiedad
de ricos mercaderes del Bajo Rin y se ex-

- tienden á lo largo de los cerros frondosos que forman el marco de la población.
- BLAN. Pues no me disgusta. Voto porque vayamos.
- SART. Serán esas quintas, hija mía, como la nuestra en Súrbiton.
- COK. ¿Tiene usted una quinta á orillas del Támesis? ¡Oh, le envidio á usted!
- SART. No, sólo he alquilado para el verano una quinta amueblada. Vivo en la plaza Bedford Square. Soy concejal y tengo que vivir en mi distrito.
- BLAN. Otra taza, mister Cokane.
- COK. No, gracias. (A Sartorius.) Supongo que ya habrá usted visto lo que hay que ver aquí. No hay mucho que ver, la iglesia de Apolinaris.
- SART. (Escanalizado) ¿De...? ¿Cómo ha dicho usted?
- COK. La iglesia de Apolinaris. (1)
- SART. Vaya un nombre para una iglesia. Muy continental, la verdad.
- COK. ¡Ah, sí, sí, sí! Esto es lo que les falta muchas veces á nuestros vecinos: el gusto, el buen gusto. Pero en este caso particular no son censurables. El agua saca su nombre de la iglesia, no la iglesia el suyo del agua.
- SART. (Como si eso fuese una circunstancia atenuante, no una excusa completa) Me alegro de saberlo. ¿Es célebre esa iglesia?
- COK. En el Baedeker está señalada con una estrella.
- SART. (Respetuoso.) ¡Oh! en ese caso me gustaría verla.
- COK. (Leyendo.) «... construída en 1839 por Zwirner el difunto eminente arquitecto de la catedral de Colonia, á expensas del conde de Fürstenberg- Stammheim.»
- SART. (Muy impresionado.) Nada, tenemos que ver eso, mister Cokane. No creía que el arquitecto de la Catedral de Colonia muriese hace tan poco tiempo.
- BLAN. Pero, papá, dejémonos de ver más iglesias,

(1) Es como quien dijese, en español, la iglesia de Carabaña ó de Loeches. Nota del traductor.

- por Dios. Todas se parecen unas á otras. Ya estoy harta de ellas.
- SART. Bueno, hija, ¿te parece razonable hacer un viaje largo y costoso para ver lo que hay que ver y luego marcharse sin verlo?...
- BLAN. Bien, papá, pero dejemos la iglesia siquiera esta tarde.
- SART. Querida, yo desearía que lo viesen todo. Esto forma parte de tu educación...
- BLAN. (Levantándose, con un suspiro de despecho) ¡Caramba con mi educación! En fin, bien, no hay más remedio que pasar por ello. ¿Viene usted, doctor? Estoy seguro de que la iglesia de San Juan para usted va á ser un regalo.
- COK. (Riendo suave y maliciosamente.) ¡Ah! muy bien, muy bien. (serio.) Pero, sepa usted, miss Sartorius, que en realidad existen iglesias de San Juan aquí—varias—lo mismo que iglesias de San Apolinaris.
- SART. (Sentenciosamente, sacando sus gemelos y dirigiéndose hacia la puerta del jardín.) A veces, mister Cokane, se dicen grandes verdades bromeando.
- COK. (Signiéndole.) Tiene usted razón. Y tanta. (salen juntos como absortos en profundos pensamientos. Blanca no se mueve para seguirlos. Los otea hasta que desaparecen de su vista y entonces se planta delante de Trench mirándole con enigmática sonrisa á la que contesta él con gesto indefinido de cohibición y de presunción.)
- BLAN. ¡Vamos! por fin lo hizo usted.
- TRENCH. Sí. Es decir, lo hizo Cokane. Ya le dije á usted que él sabría arregarlo. Es un animal en muchas cosas, pero en cuanto á tacto, nadie le gana.
- BLAN. (Con desdén.) ¡Tacto! Eso no es tacto, es sencillamente curiosidad. Las personas curiosas siempre tienen mucha habilidad para entrar en conversación con los extraños. ¿Por qué no habló usted mismo con mi padre en el vapor? En cambio á mí me dirigió usted la palabra sin previa presentación.
- TRENCH. No tenía particularmente el deseo de hablarle.
- BLAN. Por lo visto no se le ocurrió á usted que

con eso me colocaba á mí en una posición falsa.

TRENCH Verdaderamente no veo por qué. Luego su padre de usted no parece un hombre muy fácil de abordar. Por más que ahora que le conozco veo que es muy amable, pero es preciso antes conocerle, ¿verdad?

BLAN. (Impaciente.) Todo el mundo se asusta de papá. Yo no sé por qué. (Se sienta otra vez algo mohina.)

TRENCH (Tiernamente.) Pero de todos modos ya está todo bien. ¿eh? (Se sienta cerca de ella.)

BLAN. (Aspera.) No sé. ¿Cómo voy á saber? No hizo usted bien en hablarme aquel día en el vapor. Usted creyó que estaba sola, (con tono patético falso.) porque no me acompañaba una madre.

TRENCH (Protestando.) Por Dios, no diga usted eso. Usted fué la que me habló primero. Por cierto que con ello me hizo usted muy feliz, pero le juro que por mi parte no hubiese nunca dicho esta boca es mía si no toma usted la iniciativa.

BLAN. Yo solamente le pregunté á usted el nombre de un castillo. En ello no falté á las reglas de la buena crianza.

TRENCH Claro que no. ¿Por qué no había usted de dirigirme la palabra? (Con renovada ternura.) Vamos, que ya todo se arregló, ¿verdad?

BLAN. (Dulcemente, mirándole con malicia.) Sí, ¿eh?

TRENCH (Sortándose de repente.) Digo... vamos, se me figura. A propósito, ¿qué me dice usted de la iglesia de San Apolinaris? Su papá de usted estará esperando que le sigamos allá, ¿no?

BLAN. (Con resentimiento reprimido.) No le detengo si tiene tanto deseo de ver esa iglesia.

TRENCH ¿No viene usted también?

BLAN. Yo no. (Vuelve la cara del otro lado, malhumorada.)

TRENCH (Alarmado.) Pero, no se habra usted ofendido, diga, (Le mira un momento con expresión de reproche en los ojos.) Blanca. (Hace ella un exagerado movimiento de protesta que le asusta.) Dispénsame que le haya llamado por su nombre, pero yo... yo... (Ella corrige su brusquedad dando á su cara

una expresión muy suave. El contesta con una explosión de sus sentimientos.) ¡Ah! no se opone usted á ello. Ya sabía yo que no se enfadaría usted. Pues, mire usted, no sé como recibirá lo que le voy á decir; tengo que decirlo de golpe y porrazo, porque las circunstancias apremian... el caso es que... caramba con mi cortedad... (Se enreda cada vez más, incapaz de ver que ella con dificultad puede reprimir su enfado.) ¡Ah! si fuera Cokane...

BLAN.

(Impaciente.) ¿Cokane dice usted?

TRENCH

(Espantado.) No, Cokane no. Aunque de él sé decir que...

BLAN.

Que en seguida volverá aquí con papá.

TRENCH

(Estúpidamente.) Sí, tiene usted razón; no pueden tardar ya. Espero que no la detengo á usted.

BLAN.

Creí que me detenía usted porque tenía algo que decirme.

TRENCH

(sin ánimo alguno.) Pues no, nada de eso. Al menos nada de particular. Es decir, me temo que usted no lo encontraría muy particular. Quizás otra vez ..

BLAN.

¿Qué otra vez! ¿Cómo sabe usted si nos volveremos á encontrar? (Desesperada.) Hable usted ahora. Necesito que usted me hable ahora.

TRENCH

Pues bien, yo pensé que si pudiésemos decidírnos á... ó no... al menos... en fin... (su nerviosidad le impide hablar.)

BLAN.

(Desesperando de él.) No creo, señor Trench, que llegue usted á decidirse.

TRENCH

(Balbuceando.) Yo sólo pensé... (Se para y la mira como implorando piedad. Ella vacila un momento y luego coloca su mano en la suya con calculado impulso. El la abraza con un grito de alivio.) Querida Blanca, ya sabía yo que no había de poder hablar. Creo que hubiese estado tartamudeando aquí todo el día si no acude usted en mi auxilio.

BLAN.

(Tratando de libertarse de su abrazo.) Yo no acudí en su auxilio.

TRENCH

(No soltándola.) No quiero decir que lo hiciera á propósito, sino instintivamente.

- BLAN. (Todavía un poco con cuidado.) Pero si no me ha dicho usted nada.
- TRENCH ¿Qué más puedo yo decir que esto? (La vuelve á besar.)
- BLAN. (Subyugada por el beso, pero no queriendo demostrarlo.) Pero, Harry...
- TRENCH (Arrebatado al oírse llamar así.) Sí, adorada mía.
- BLAN. ¿Cuándo nos casaremos?
- TRENCH En la primera iglesia que encontremos; en la de San Apolinaris, si quieres.
- BLAN. No, formalmente. Esto es serio, Harry; no hay que tomarlo á broma.
- TRENCH (Mirando hacia la puerta que da al lado del río suelta de repente á Blanca.) Calla, ya están otra vez aquí.
- BLAN. Mald... (La palabra es ahogada por el sonido de una campana desde el interior del hotel. El camarero aparece en la escalera agitando la campana. Se ve á Cokane y Sartorius volviendo por la puerta del jardín.)
- CAM. Mesa redonda dentro de veinte minutos, señoras y señores. (Entra en la fonda.)
- SART. (Serio.) Creí, Blanca, que nos acompañarían ustedes.
- BLAN. Sí, papá; precisamente íbamos á salir.
- SART. Estamos algo cubiertos de polvo, tenemos que asearnos para ir á la mesa. Lo mejor, hija mía, será que subas conmigo al cuarto. Ven. (Ofrece su brazo á Blanca. La seriedad de su modo de ser encoge á todos. Blanca, sin decir palabra coge su brazo y entra en el hotel con él. Cokane, muy poco menos serio que Sartorius, mira á Trench con la severidad de un juez.)
- COK. (Con reprobación.) No, no, hijo mío. ¿Habrase visto? Me pongo colorado por tí. Jamás en mi vida he tenido que avergonzarme así. Te has aprovechado del candor de aquella niña.
- TRENCH (Acalorado.) ¡Dispensa!
- COK. (Inexorable.) El padre parece ser un perfecto caballero. Pude trabar conocimiento con él, te presenté, le dejé creer que no había ningún cuidado en dejar á su hija contigo. ¿Y qué veo al volver? ¿Qué ve aquel caballero? ¡Oh, Trench, hijo mío, esto pasa de la raya! ¡Vamos, vamos!

TRENCH
COK.

¡Qué!... No visteis nada.
¡Conque nada! ¡Ella, una perfecta señora, una persona de la mejor educación, estaba literalmente en tus brazos! Y dices que no se vió nada. Por si fuera poco, allí estaba un camarero dando campanadas como para llamar la atención. (Reconviniéndole con redoblada severidad.) ¿No tienes principios, Trench? ¿No tienes convicciones religiosas? ¿No conoces las costumbres de buena crianza? Has estado besando...

TRENCH
COK.

No me habéis visto besarla.
No solamente lo vimos, sino que también lo oímos; el beso repercutió hasta abajo en el Rin. No busques subterfugios.

TRENCH
COK.

No digas sandeces, mi querido Billy. Tú ..
Ya volvemos á las andadas. ¿No te he dicho que no uses esa abreviación familiar? ¿Cómo voy á conservar el respeto de los compañeros de viaje de posición y de dinero si á cada momento me llamas de ese modo? Ya lo sabes: me llamo William; William de Burgh Cokane.

TRENCH

¡Qué demonio! No te sulfures por eso. ¿Para qué quemarse la sangre por cada triquitraque? Te llamo Billy porque así estoy acostumbrado, no jeringues.

COK.

(Mortificado.) No tienes ni pizca de delicadeza, Trench, ni de tacto. No lo he dicho nunca delante de nadie, pero me temo que nada podrá hacer de tí un verdadero hombre de mundo. (Sartorius aparece en la puerta del hotel.) Ahí está mi amigo Sartorius. Viene probablemente para pedirte cuenta de tu conducta. No me chocaría que trajese una fusta de montar. No quiero presenciar esa escena desagradable.

TRENCH

No te marches, ¡demonio! Precisamente en este momento no quisiera encontrarme solo con él.

COK.

(Meneando la cabeza.) Delicadeza, Harry, delicadeza. Tacto. Savoir faire. (Se aleja como paseándose. Trench trata de escapar por el lado opuesto, dirigiéndose hacia la puerta del jardín.)

- SART. (Con voz cavernosa) Caballero.
- TRENCH (Paráudose y volviéndose.) ¡Ah! es usted, señor Sartorius. ¿Cómo, le ha gustado la iglesia? (Sartorius, sin contestar palabra, enseña con su ademán un sitio donde sentarse. Trench, medio hipnotizado por su propia nerviosidad y la seriedad de Sartorius, se sienta sin poderlo remediar.)
- SART. (Sentándose también.) ¿Ha estado usted hablando con mi hija, señor Trench?
- TRENCH (Con un intento de salir del paso.) Sí, estuvimos conversando, como quien dice, charlando, mientras estuvo usted en la iglesia con Cokane. ¿Qué tal la parece á usted Cokane? Para mí es un hombre de un tacto extraordinario.
- SART. (No haciendo caso de la digresión.) Acabo de hablar con mi hija, y el estado en que la encontré me dice que entre ella y usted algo ha pasado, que mi deber de padre... padre de una muchacha sin madre... me obliga á poner en claro cuanto antes. Mi hija, tal vez ofuscada, le ha tomado á usted en serio, y...
- TRENCH Pero, caballero.
- SART. Déjeme usted hablar. Yo también he sido joven; más joven quizás de lo que hace suponer mi actual apariencia. Me refiero, claro está, al carácter. Si usted no fuese formal...
- TRENCH (Ingenuamente.) Pero si yo soy formal, absolutamente formal. Deseo casarme con su hija miss Sartorius. Espero que no se opondrá usted.
- SART. (Aprovechándose instintivamente de la humildad de Trench para sacar una ventaja y refiriéndose al parentesco con lady Roxdale.) En principio, no. Debo decir que su propósito parece honrado y recto, y que personalmente me es muy grato.
- TRENCH (Agradablemente sorprendido.) Entonces supongo que podemos considerar arreglado el asunto. Es usted muy amable.
- SART. Despacio, señor Trench, despacio. Un asunto de esta clase no puede arreglarse tan de prisa.

TRENCH Tan de prisa, no. Ya sé que quedan por cumplir ciertas formalidades; pero quiero decir que entre nosotros todo está arreglado, ¿no le parece?

SART. ¡Hum!... ¿No tiene usted nada más que decir?

TRENCH Nada, sino que... que... lo único que sé es que amo y...

SART. (Interrumpiéndole.) Algo acerca de su familia, por ejemplo. ¿No prevé usted alguna oposición de parte de ella?

TRENCH Mi familia no tiene que ver nada en este asunto.

SART. (Con calor.) Dispense usted, caballero, tiene que ver y bastante. (Trench se encoge.) No quiero en modo alguno que mi hija entre en un círculo en el que no se la reciba con la entera consideración á la que su educación y su crianza... (Aquí vacila un poco y repite, como si Trench hubiese hecho una objeción.) digo su crianza, le dan derecho.

TRENCH (Confuso.) Naturalmente. Pero, ¿se figura usted que mi familia no va á querer á Blanca? Es verdad que mi padre era segundón, y yo he tenido que escoger una carrera. Así es que mi familia no esperará que con motivo de la boda la vamos á convidar; saben perfectamente que no podemos hacerlo. Pero ella será la que nos convida á nosotros; siempre me invitan.

SART. No me basta esto. Hay familias que se creen obligadas á volver la espalda á los que consideran inferiores en posición ó nacimiento.

TRENCH Pero le aseguro que mi familia no es nada orgullosa. Blanca es una señora, y eso les bastará.

SART. (Conmovido.) Me alegro de que piense usted así. (Le ofrece la mano que Trench coge con extrañeza.) Tengo las mismas ideas. (Aprieta agradecido la mano de Trench y la suelta.) Y ahora, señor Trench, puesto que se ha portado tan correctamente, no tendrá usted para qué quejarse de mí. Del dinero no hay que preocu-

parse; convidará usted á cuanta gente le plazca; los gastos van de mi cuenta. Pero debo exigirle á usted una garantía, de que mi hija será recibida como una igual por su familia de usted.

TRENCH
SART

¡Una garantía!

Sí, una garantía razonable. Supongo que usted escribirá á sus parientes participándoles su propósito y añadiendo lo que le parezca acerca de la capacidad de mi hija para figurar en la mejor sociedad. Cuando pueda usted enseñarme algunas cartas de los miembros principales de su familia felicitándole á usted amable y cordialmente, me daré por satisfecho. ¿Puedo hacer más?

TRENCH

(Muy confuso, pero agradecido,) No, señor; es usted muy amable. Muchas gracias. Puesto que así lo desea usted, escribiré á los de mi familia. Pero le aseguro á usted que por ese lado estoy sin cuidado. Haré que me contesten á vuelta de correo.

SART

Gracias. Mientras tanto, le suplico que no dé usted el asunto por arreglado.

TRENCH

Pero, ¿qué dice usted? ¿Cómo? No entiendo; usted quiere decir que entre Blanca y ..

SART

Quiero decir que entre usted y mi hija no está el asunto arreglado todavía. Y lo digo porque cuando hace poco interrumpí su conversación, usted y ella evidentemente estaban en la creencia de que no había que hablar más. En caso de que surjan dificultades y que la boda—ya ve usted que lo llamo boda—se deshaga, no quisiera que Blanca pensara que había permitido á un caballero que... que... (Trench asiente meneando la cabeza.) Perfectamente. ¿Puedo confiar en que guardará usted una prudente distancia y me evitará el tener que limitar unas relaciones que prometen ser muy agradables para todos nosotros?

TRENCH
SART.

Basta que usted lo desea. (Se aprietan la mano.) (Levantándose.) ¿Va usted á escribir hoy, no dijo usted?

TRENCH

(Afanoso.) Voy á escribir ahora antes de mar-

charme de esta población, en este mismo instante.

SART. Entonces le dejo. (Vacila, porque la conversación le ha hecho caviloso y cohibido; luego, por un esfuerzo de voluntad recobra su aplomo y al volverse para ir añade con dignidad.) Me alegro de haber llegado á un acuerdo con usted. (Entra en el hotel, y Cokane, que ha estado paseándose cerca con objeto de enterarse, surge de entre los arbustos.)

TRENCH (Agitado.) Billy, amigo mío, vienes justamente á punto para hacerme un favor. Necesito que me redactes una carta, que yo copiaré.

COK. Me parece que te vengo acompañando en este viaje como amigo, no como secretario.

TRENCH Pues bien, escribirás como amigo. Se trata de una carta para mi tía Maria, acerca de Blanca y de mí. Para decirle lo que ha pasado. ¿Comprendes?

COK. ¡Acerca de Blanca y de tí! ¡Hablarle de tu conducta! ¿Cómo voy yo á escribir esas cosas á una señora? Vamos, tú no estás en tu juicio.

TRENCH Calla, Billy, no hagas como quien no entiende. ¡Somos novios, chico, novios! ¿Qué te parece? Tengo que escribir para el correo de esta noche. Tú eres el hombre que me puede sacar del apuro y decirme lo que tengo que decir. Anda, hombre, no te hagas rogar. (Obligándole con zalamerías á sentarse á una de las mesas.) Aquí tienes un lápiz. ¿Tienes un pedazo de...? ¡Ah! Aquí, esto bastará; escribe aquí en el respaldo del mapa. (Saca el mapa del Baedeker y lo pone del revés en la mesa. Cokane coge el lápiz y se prepara á escribir.) Bien por tí, chico. No sabes cuánto te lo agradezco. Ahora tira de lápiz; (Inquieto) ten cuidado, sin embargo, con lo que dices, ¿eh?

COK. (Poniendo el lápiz en la mesa) Si dudas que yo sea capaz de expresarme convenientemente al escribir á Lady Roxdale...

TRENCH (Reconciliándole.) Pero, hombre, no seas tan quisquilloso. Ya sé que en todo el mundo no hay un solo hombre capaz de hacerlo ni la mitad de bien que tú. Yo sólo quería ex-

plicarte. Mira, Sartorius se ha metido en la cabeza, no sé cómo, que mi familia tratará á Blanca con desprecio, y no quiere consentir en darme la mano de la muchacha hasta que mi familia haya mandado cartas é invitaciones y felicitaciones y qué sé yo. Pon la cosa, pues, de modo que la tía María conteste en seguida diciendo que se alegra mucho é invitándonos—á Blanca y á mí, ¿sabes?—á estar una temporada en su casa, y así sucesivamente. ¿Comprendes lo que quiero? Cuéntale todo, en estilo liso y llano, con cierta gracia, como tú sabes.

COK. Tú dime primero, lisa y llanamente, todo lo que viene al caso y ya sabré comunicárselo á Lady Roxdale con la debida delicadeza. Vamos á ver: ¿Qué es Sartorius?

TRENCH (Sobresaltado.) No lo sé, no se lo he preguntado. Es una pregunta esa que no es fácil hacer á un hombre... por lo menos á un hombre como él. ¿No podrías redactar la carta sin tocar ese punto? Realmente no me gustaría preguntarle.

COK. Puedo dejar de tocar ese punto. Nada más fácil. Pero si te figuras que Lady Roxdale no lo ha de tocar, no estoy conforme contigo. Puedo equivocarme, seguramente. Generalmente me equivoco, pero esta es mi opinión.

TRENCH (Muy perplejo.) ¡Maldito! ¿Qué demonio hago yo ahora? ¿No podrías decir que es un caballero? esto no compromete á nada. Si haces resaltar que es rico y que Blanca es su hija única, mi tía María estará satisfecha.

COK. Amigo Trench, ¿cuándo empezarás á tener un poco de juicio? Este es un asunto serio. No obres á la ligera, Harry. Nada de obrar á la ligera.

TRENCH ¡Majadería! No me vengas con predicaciones morales.

COK. No te vengo con predicaciones morales, sino que te hablo con la voz de la razón. Si estás á punto de casarte con una mujer que tiene dinero, creo que la familia tiene derecho á saber la procedencia de ese dinero. ¿No te

atañe también á tí saberlo, Harry? (Trench le mira con desesperación, restregándose los dedos nerviosamente. Cokane tira el lápiz en la mesa y se echa para atrás en la silla con ostentativa indiferencia.) Claro que yo no tengo nada que ver con eso, y si sólo te hablo de ello por si juzgas conveniente tomarlo en consideracion. Por nif, que Sartorius sea un salteador de caminos retirado de los negocios. (Sartorius y Blanca, listos para ir á la mesa, salen de la fonda.)

TRENCH Calla, ahí vienen. Concluye la carta antes de que nos pongamos á comer, como un buen amigo que eres: te lo agradeceré muy de veras.

COK. (Con impaciencia.) Mira, déjame solo, que me trastornas. (Le empuja para que se vaya y empieza á escribir.)

TRENCH (Humilde y agradecido.) Bien, chico, bien, y gracias.

(Mientras tanto Blanca ha dejado á su padre y se pasea hacia el lado del río. Sartorius baja por el jardín, con su Baedeker en la mano, y se sienta al lado de Cokane, leyendo. Trench se dirige á él.) ¿Me permitirá usted que lleve á Blanca á la mesa?

SART. No tengo inconveniente, caballero Haga usted lo que dice. (Le empuja amablemente hacia la dirección de Blanca. Trench se precipita detrás de ella por la puerta del jardín. Cokane, haciendo muecas en los horrores de la redacción, se desconcierta al ver los ojos de Sartorius fijos en él.) Espero que no le estorbo, mister Cokane.

COK. Nada, nada. Nuestro amigo Trench me ha confiado una difícil y delicada misión. Me ha encargado, como á amigo de la familia, escribirla acerca de un asunto que se relaciona con usted.

SART. ¿De veras, mister Cokane? Entonces la comunicación no puede estar en mejores manos.

COK. (Con aire de modestia.) Muchas gracias por el favor. ¿Pero ve usted lo que es Trench? Un excelente muchacho, no hay que decir. Pero las noticias como esta requieren buenas maneras. Requieren tacto, y tacto es el lado

flaco de Trench. Tiene un corazón de oro, pero tacto, ni pizca. Todo depende de la manera que se participe la cosa á Lady Roxdale. En cuanto á eso, fie usted en mí. Sé lo que son las mujeres.

SART. Muy bien. De todos modos, sea la que fuere la respuesta de esa señora—y créame usted mister Cokane, me importa un bledo de cómo la gente me quiera recibir—espero que al menos tendré el placer de verle algunas veces en mi casa cuando volvamos á Inglaterra.

COK. (Confundido por tanta amabilidad.) ¡Oh, muchísimas gracias, tendré un verdadero gusto en visitarle! Se expresa usted como un perfecto caballero inglés.

SART. Nada. Será usted siempre bien recibido. Pero temo que le haya estorbado en la composición de su carta. Siga usted escribiendo, que yo le dejo solo. (Quiere levantarse, pero se para para añadir.) A menos que pueda yo ayudarle de algún modo, por ejemplo, para aclarar algún extremo acerca del que no esté usted enterado, ó también, fundándome en la experiencia adquirida con los años, para indicarle á usted la manera más adecuada de redactar la carta. (Cokane al oír esto le mira con alguna sorpresa. Sartorius le mira á él con energía y sigue hablando deliberada é intencionadamente.) Siempre será para mí un placer el ayudar de cualquier modo á un amigo del doctor Trench, en la medida de mis medios.

COK. Caballero, es usted verdaderamente fino. Trench y yo, acabamos de cavilar acerca de la carta de referencia y, por cierto, que hay uno ó dos puntos que merecen aclaración. (Escrupuloso.) Pero no quise permitir á Harry que le interrogara á usted. Sólo le hice la indicación de que desde el punto de vista del buen gusto y la delicadeza era preferible esperar que usted voluntariamente se ofreciese á suministrar los datos en cuestión.

SART. ¡Ejem!.. ¿Puedo saber lo que ha escrito usted hasta ahora?

- COK. «Mi querida tía María.» Es decir, la querida tía María de Trench, mi amiga Lady Roxdale. Comprenda usted que sólo estoy redactando una carta para que Trench la copie.
- SART. Perfectamente: ¿Quiere usted seguir, ó me permite usted indicarle algunos giros?
- COK. (Efusivamente.) Sus indicaciones, caballero, serán para mí de gran valor y las escucharé con sumo gusto.
- SART. Me parece que la carta podría empezar del modo siguiente ó parecido: «Al viajar con mi amigo Cokane por el Rin...»
- COK. (Murmurando al escribir.) Muy bien, muy bien. Justo. «...mi amigo Cokane por el Rin...»
- SART. «He hecho conocimiento con...» ó puede usted poner: «me he encontrado con...» ó «mi camino se cruzó con...», en fin, como usted quiera, según crea que cuadre mejor á su amiga. No hay que ser demasiado cumplido.
- COK. «Encontrado con...» ¡oh! no: eso es demasiado liso, mister Sartorius, demasiado liso. Yo pondría: «tuve el honor de trabar conocimiento con...»
- SART. (Vivamente.) No señor, dispense: Lady Roxdale podrá por sí misma juzgar de eso. Deje usted entonces, como dijimos al principio: «he hecho conocimiento con una señorita, hija de...» (Vacila.)
- COK. (Escribiendo.) «Con una señorita, hija de...» ¿Que más?
- SART. «De... ponga usted «un caballero.»
- COK. (Sorprendido.) Claro.
- SART. (Con aspereza.) No tan claro. (Cokane, desagradablemente impresionado, le mira con naciente sospecha. Sartorius algo inmutado recobra luego su calma.) ¡Ejem!... «de un caballero de considerable posición y fortuna.»
- COK. (Repitiendo las últimas palabras tiene en la voz una nueva nota de frialdad.) ... y fortuna...
- SART. «La que, empero, hizo enteramente por sí solo.» (Cokane, ahora completamente enterado, le mira fijamente en vez de escribir.) ¿Ha puesto usted eso?

COK. (Pasando á una actitud de protección y de benevolencia.) Ya, ya. Muy bien, muy bien. (Escribe.) «...enteramente por sí solo...» Eso es. Siga usted, mister Sartorius, siga. Eso está muy claro.

SART. La muchacha heredará el conjunto de la fortuna de su padre y recibirá para su casamiento un dote considerable. Su educación ha sido de las más costosas y de las más completas, y se ha criado en medio de los mayores refinamientos. De ella se puede decir que todo detalle esencial...

COK. (Interrumpiendo.) Dispense la observación, pero ¿no le parece á usted que todo esto tiene demasiado el estilo de un prospecto en favor de la señorita? Me permito decirlo desde el punto de vista del buen gusto.

SART. (Confuso.) Tal vez tenga usted razón. Tenga usted en cuenta que no estoy dictando las palabras exactas...

COK. Naturalmente, naturalmente.

SART. Pero deseo que no haya mala impresión en lo que concierne á la educación de mi hija; en cuanto á mí...

COK. ¡Oh! Bastará indicar su profesión, ó su modo de vivir, ó... (Se para y los dos se miran con fijeza.)

SART. (Cauteloso.) Mis rentas, mister Cokane, provienen de extensos bienes raíces en Londres. Lady Roxdale es una de las principales copropietarias, y el doctor Trench posee una hipoteca de la que, si no me equivoco, saca toda su renta. En realidad, mister Cokane, conozco perfectamente la situación del doctor, y hace tiempo que deseaba conocerle personalmente.

COK. (De nuevo obsequioso, pero todavía inquiriendo) ¡Qué casualidad más notable! ¿En dónde están situados aquellos bienes?

SART. En Londres. Su administración me ocupa más tiempo del que un caballero, por lo general, dispone para trabajar. (Se levanta y saca su cartera.) Dejo lo demás á su discreción. (Deja una tarjeta en la mesa.) Estas son mis señas en Súrbiton. Si desgraciadamente ocu-

riese, mister Cokane, que esto concluyera con una desilusión para Blanca, probablemente ella preferiría no volverle á ver á usted más tarde. Pero si todo sale como esperamos, los mejores amigos del doctor Trench serán también nuestros mejores amigos.

COK. (Levantándose y mirando á Sartorius con confianza, sin soltar el lápiz y el papel.) Descanse usted en mí, mister Sartorius. La carta ya está concluída aquí. (Enseñando su frente.) Dentro de cinco minutos estará concluída allí. (Enseña el papel; menea la cabeza para corroborar la afirmación: y empieza á pasearse por arriba y por abajo del jardín, escribiendo y dándose golpeitos en la frente al andar, como absorto por intensa labor intelectual.)

SART. (Llamando por la puerta del jardín después de mirar á su alrededor.) Blanca.

BLAN. (Contestando desde alguna distancia.) ¿Qué pasa?

SART. Ya va siendo tiempo de comer, querida. (Entra en el comedor.)

BLAN. (Más cerca.) Ya voy. (Vuelve por la puerta del jardín, seguida de Trench.)

TRENCH (Cuchicheando mientras Blanca se dirige hacia el comedor.) Blanca, para un momento, escucha. (Ella se para.) Tenemos que tener cuidado cuando está tu padre. He tenido que prometerle no considerar nada como hecho hasta que mi familia me haya escrito.

BLAN. (Con frialdad.) Ya sé. Su familia podría poner dificultades y entonces todo habrá acabado entre nosotros. Casi es seguro que las pondrá.

TRENCH No hables así, Blanca, parece enteramente como si no te importase. Espero que tú consideras nuestra unión como indisoluble. Tú no has prometido nada á tu padre.

BLAN. Sí le he prometido algo; (Seria.) pero por ti no he guardado mi promesa. No soy tan concienzuda como tú, y si el asunto no puede darse por definitivamente arreglado, no nos preocupemos ni de la familia ni de las promesas, rompamos nuestras relaciones ahora mismo.

TRENCH (Arrebatado por el amor.) Blanca, te juro por mi

honor, ni me importa la familia, ni hay promesa que valga... (El Camarero reaparece á la entrada del comedor, agitando fuertemente la campana.) ¡Maldito sea el ruido!

COK. (Se acerca tremolando la carta.) Ya está, muchacho, ya está. Concluí puntualmente, al segundo. C'est fini, mon cher garçon, c'est fini. (Sartorius vuelve.)

SART. ¿Quiere usted acompañar á Blanca al comedor, mister Trench? (Trench lleva á Blanca á la mesa redonda.) ¿Concluyó usted la carta, mister Cokane?

COK. (Con el orgullo de un autor entrega su escrito á Sartorius.) Aquí está. (Sartorius lo lee, meneando la cabeza en señal de completa aprobación.)

SART. (Devolviendo el escrito.) Gracias, mister Cokane. Maneja usted la péñola como un escritor de profesión.

COK. (Al entrar los dos juntos.) Nada, nada. Un poco de tacto, ¿sabe usted? un poco de mundo, un poco de costumbre de tratar con mujeres... (Desaparecen adentro.)



ACTO SEGUNDO

En la biblioteca de una villa bonitamente decorada y amueblada en Súbiton, por una soleada mañana de Septiembre. Sartorius está ocupado, sentado á una mesa de escribir, en la que hay, sin orden, montones de cartas de negocios. La chimenea, adornada para el verano, se halla inmediatamente detrás de él; la ventana está en la pared de enfrente. Entre la mesa y la ventana, Blanca, en su bata mas elegante, está sentada y lee el periódico de modas «The Queen». La puerta, pintada como todas las demás maderas de la habitación, de rojo muy obscuro, con picaportes y herrajes de cobre y con adornos moldeados todo alrededor del marco, está en el medio. A lo largo de las paredes hay estantes llenos de libros bonitamente encuadernados, colocados en sus sitios como ladrillos. En el rincón hay una escalera de mano para alcanzar las hileras de arriba.

SART. Blanca.

BLAN. Tú dirás, papá.

SART. Tengo aquí algunas noticias.

BLAN. ¿Qué dicen?

SART. Quiero decir noticias para tí... de Trench.

BLAN. (Con fingida indiferencia.) Sí, ¿eh?

SART. ¡Cómo! ¿Eso es todo lo que dices á ello? Bueno, pues. (Reanuda su trabajo. Silencio)

BLAN. ¿Qué dice, por fin, su familia?

SART. ¿Su familia? No sé. (Sigue trabajando. Otra pausa.)

BLAN. Y él, ¿qué dice?

SART. ¿El? no dice nada. (Dobla despacito una carta y

busca un sobre.) Prefiere comunicar el resultado de... Caramba, ¿dónde tengo yo los sobres?... ¡Ya, ya! (Coge un sobre.) Pues sí, prefiere venir él mismo á decir el resultado de sus pasos.

BLAN. (Levantandose de un salto.) ¡Ay, papá! ¿Cuándo va á venir?

SART. Si viene á pie de la estación podría estar aquí dentro de media hora. Si viene en carruaje, puede entrar en este mismo momento.

BLAN. ¿Pero qué me dices, papá? (Va precipitadamente hacia la puerta.)

SART. Oye, niña.

BLAN. ¿Qué, papá?

SART. Te ruego que no le veas hasta que yo le haya hablado.

BLAN. (Hipócritamente.) Claro que no, papá. Tampoco pensé verle antes.

SART. Bueno, pues. (Ella va á salir, cuando con un ademán la detiene y dice en tono paternal:) Querida hija. (Ella contesta con un beso que le da Llan á la puerta.) Pasen. (Lickcheese entra, trayendo una maleta negra. Es un hombre de apariencia miserosa y menesterosa, con cara y ropa sucia y con barba y patillas enmarañadas y poco pobladas. Su boca y sus ojos le señalan como una especie de terrier humano nervioso, recio y pertinaz, pero delante de Sartorius es lastimeramente tímido y servil. Saluda con "buenos días, señorita", á Blanca, y ella sale por delante de él sin apenas demostrar que notó su presencia.)

LICK. Buenos días, señor.

SART. (Con brusquedad y dureza.) Buenos.

LICK. (Sacando un saquito de monedas de su maleta.) No traigo mucho esta mañana, señor. Acabo de tener el honor de conocer al señor doctor Trench.

SART. (Levantando los ojos de lo que escribe, con disgusto.) Sí, ¿eh?

LICK. Sí, señor. El señor Trench me preguntó por el camino y tuvo la amabilidad de invitarme á tomar asiento en su carruaje.

SART. ¿Dónde está entonces?

- LICK. Le dejé en el vestíbulo con su amigo, señor. Supongo que están hablando con la señorita.
- SART. Ejem... ¿Qué dice usted, que viene con él un amigo?
- LICK. Sí, señor; viene acompañado de un señor Cokane.
- SART. Veo que han ustedes estado hablando.
- LICK. Sí, señor; mientras veníamos en el coche.
- SART. (Duro.) ¿Por qué no ha venido usted con el tren de las nueve?
- LICK. Pensé...
- SART. Ya no hay remedio, de modo que no importa lo que usted pensó. Pero hágame usted el favor otra vez de no dejar mis negocios para última hora. ¿Ha habido más dificultades por las fincas de San Gil?
- LICK. El inspector de Sanidad se ha quejado otra vez por el número trece de Robbins's Row. Dice que informará al Ayuntamiento.
- SART. ¿Le dijo usted que soy concejal?
- LICK. Sí, señor.
- SART. ¿Y qué dijo él?
- LICK. Dijo que ya lo suponía al ver que se burlaba usted de la ley de un modo tan escandaloso. Yo repito lo que dijo.
- SART. Ejem... ¿Sabe usted cómo se llama?
- LICK. Se llama Speakman.
- SART. Apúntelo usted en el libro de notas para la próxima sesión de la Junta de Sanidad. Ya le enseñaré yo á ese mequetrefe sus deberes para con los concejales.
- LICK. (Con duda.) Los del concejo no pueden nada contra él. Es empleado del gobierno.
- SART. No le he preguntado á usted su opinión. Enséñeme usted los libros. (Lickcheese saca el libro de los alquileres y lo entrega á Sartorius. Luego va apuntando en el diario, que está en la mesa, los diferentes ingresos y mira con inquietud á Sartorius que está examinando el libro de los alquileres. Sartorius, ceñudo, exclama:) ¡Una libra y cuatro chelines para reparaciones en el numero trece! ¿Qué es eso?
- LICK. Pues mire usted, señor, ha sido para la es-

- calera del tercero. Ofrecía un verdadero peligro. No quedaban ya más que tres escalones sanos, y no había barandilla. Pensé que lo mejor era mandar clavar algunas tablas.
- SART. Está usted loco. Tablas, ha dicho usted. Leña va á ser. Quemarán hasta la última astilla. Ha gastado usted venticuatro chelines de mi dinero para leña para esa gente.
- LICK. Claro que la escalera debiera ser de piedra; con el tiempo saldría más económica. El clérigo dice..
- SART. ¿Qué, quién dice?
- LICK. El clérigo, nadie más que el clérigo. No hago yo mucho caso de él, pero si viera usted lo que me ha fastidiado con eso de la escalera...
- SART. Soy inglés y no tolero que un sacerdote intervenga en mis asuntos. (Se vuelve de repente hacia Lickcheese.) Mire usted, señor Lickcheese, esta es la tercera vez este año que me trae usted una cuenta de más de una libra, por reparaciones. Varias veces le he prevenido á usted que esas casas no se pueden administrar como si fuesen palacios en los barrios de West-End. También le he dicho más de una vez que no me gustaba que usted discutiera mis negocios con extraños. Ha optado usted por no hacer caso de mis advertencias. Está usted despedido.
- LICK. (Espantado.) ¡Oh, señor, no diga usted eso!
- SART. (Iracundo.) Está usted despedido.
- LICK. Me trata usted con demasiada dureza. No hay hombre en el mundo, señor Sartorius, capaz de haber sacado más de aquella pobre gente que yo, ni de haber gastado en ello menos. He ensuciado mis manos en ello hasta el punto de que casi ya no valen para un trabajo limpio, y ahora me echa usted á la calle.
- SART. (Amenazador.) ¿Qué es eso de ensuciar sus manos? Si descubro que se ha apartado usted tan sólo una pulgada de la letra de la ley, señor Lickcheese, seré yo el primero en pedir su castigo. La manera de conservar

sus manos limpias consiste en ganar la confianza de los que le emplean. Hará usted bien en no olvidarlo cuando tenga otro destino.

DONC. (Abriendo la puerta.) El señor Trench y el señor Cokane. (Cokane y Trench entran; Trench vestido de fiesta y de humor boyante; Cokane altamente satisfecho de sí mismo.)

SART. ¿Cómo está usted, doctor? Cuánto gusto de verle á usted por aquí. Hola, mister Cokane. Siempre tan famoso. Siéntense y dispénsenme un momento. Señor Lickcheese: ponga usted sus cuentas y dineros en la mesa. Las examinaré y liquidaré con usted en el acto. (Lickcheese se retira hacia la mesa y empieza á arreglar sus cuentas grandemente deprimido.)

TRENCH (Mirando hacia Lickcheese.) Espero que no estorbamos.

SART. Nada de eso. Siéntese. Espero que no habrán ustedes esperado ahí fuera.

TRENCH (Tomando la silla de Blanca.) No, señor. Acabamos de llegar ahora mismo. (Saca un paquete de cartas y empieza á desatarlo.)

COK. (Yendo á una silla más cerca de la ventana, pero parándose para mirar con admiración á su alrededor antes de sentarse.) Debe usted de ser muy dichoso aquí, mister Sartorius, con todos estos libros, en medio de esta atmósfera literaria.

SART. (Volviendo á su sitio.) No he echado una mirada en ellos. Son agradables para Blanca cuando por casualidad quiere leer algo. Escogí esta casa porque está construída sobre un terreno de grava. Es muy higiénica la casa.

TRENCH (Triunfalmente.) Tengo un montón de cartas para usted. Toda mi familia está muy contenta de que pienso casarme. Mi tía María quiere que la boda se haga en su casa. (Le da una carta á Sartorius.)

SART. ¿Su tía María?

COK. Sí, Lady Roxdale, caballero, quiere decir Lady Roxdale: Muchacho, exprésate con un poco más de tacto.

- TRENCH Claro, Lady Roxdale. El tío Enrique...
- COK. Sir Harry Trench, su padrino, caballero, su padrino.
- TRENCH Eso es El hombre más divertido, para la edad que tiene, que puede usted figurarse. Nos ofrece su casa en San Andrés para un par de meses si queremos pasar la luna de miel allí. (Entrega á Sartorius otra carta.) La casa es de las ¿sabe usted? en que nadie puede vivir; pero es de agradecer el ofrecimiento, ¿no le parece á usted?
- SART. (Disimulando un estremecimiento sin aludir á la casa.) Claro que sí. Todo eso es muy agradable, señor Trench.
- TRENCH Sí. Mi tía María se está portando verdaderamente bien. Si lee usted la posdata verá usted que sospecha la mano de Cokane en mi carta. (Riéndose.) Como que la escribió él.
- SART. (Mirando hacia Cokane) En realidad mister Cokane lo ha hecho todo con gran tacto.
- COK. (Mirando hacia Sartorius.) No haga usted caso.
- TRENCH (Con alegría.) Bueno, mister Sartorius; ¿qué me dice usted ahora? ¿Podemos considerar el asunto como arreglado por fin?
- SART. Completamente arreglado. (Se levanta y ofrece su mano á Trench, quien, ardiendo en gratitud, se la aprieta con vehemencia, incapaz de encontrar palabras para expresar sus sentimientos.)
- COK. (Acercándose á los dos.) Permítanme ustedes que les felicite á los dos. (Les aprieta las manos al mismo tiempo.)
- SART. Y ahora, señores, tengo que decir dos palabras á mi hija. Señor Trench, usted no querrá, supongo, privarme del placer de llevarle esta noticia yo mismo. He tenido que darle más de un disgustillo desde que le vi á usted la última vez y quisiera ahora desquitarme. Dispénsame por diez minutos.
- COK. (Con efusión amistosa.) Por Dios, caballero, con mucho gusto.
- TRENCH Ya lo creo. ¿Cómo le iba yo á privar de tan legítimo placer!
- SART. Gracias. (Sale.)

- TRENCH (Riendo silenciosamente.) Sus noticias llegarán atrasadas. Pobre vejete, no sabe que ella ya ha leído todas las cartas.
- COK. Debo decir, Harry, que tu manera de portarte no ha sido de las más correctas. Has estado sosteniendo una correspondencia clandestina.
- LICK (En voz baja.) Caballeros. .
- TRENCH } (Volviéndose; hablan olvidado su presencia.) ¡Hola!
- COK. }
- LICK (Poniéndose entre los dos muy humildemente, pero con mortal angustia y premura.) Miren ustedes, caballeros. (A Trench.) A usted me dirijo más particularmente. ¿Quiere usted decir en mi favor una palabra al principal? Acaba precisamente de dejarme cesante y tengo cuatro hijos que me necesitan para comer. Una palabra de usted, caballero, en un día tan dichoso le inducirá á reintegrarme en mi empleo.
- TRENCH (Cohibido.) Pues, no crea usted que es tan llana la cosa. No sé verdaderamente cómo podría yo intervenir en eso. Excuso decir que lo siento mucho.
- COK. Claro que no puedes intervenir. De ninguna manera. Esto sería del peor gusto, una enorme falta de tacto.
- LICK ¡Oh, caballeros! Ustedes son jóvenes y no saben lo que una cesantía es para un hombre de mis años. ¿Qué daño les puede producir hacer á un pobre como yo un favor? Les voy á decir cómo ha sido el despedirme. Yo solo ..
- TRENCH (Conmovido, pero buscando un pretexto para evitarse la molestia de hacer algo por él.) No nos diga usted nada. Dispénseme si le digo francamente que no tengo á mister Sartorius por un hombre que obre con irreflexión ó injusticia. Siempre le he visto muy noble y generoso, y creo que él es mejor juez de las circunstancias que yo.
- COK. (Con curiosidad.) De todos modos puedes escuchar cómo vino el despedir á este señor. Cuente usted, mister Lickcheese.

LICK. ¿Para qué? Es completamente inútil. ¡Cuando oigo llamar noble y generoso á aquel hombre!... vamos, esa sí que es fuerte.

TRENCH (Severo.) Si desea que yo haga algo por usted, mister Lickcheese, sepa usted que no está siguiendo por el mejor camino al hablar mal del señor Sartorius.

LICK. ¿He dicho yo mal de él? Que lo diga su amigo de usted. ¿Qué es lo que he dicho?

COK. Verdad, verdad. Tiene usted razón. Harry, sé justo.

LICK. Fíjense bien en lo que digo, caballeros, verán á quien ha perdido conmigo cuando mi sucesor le traiga las rentas de la primera semana. Usted mismo, señor Trench, verá la diferencia, si usted ó sus hijos llegan á poseer aquellas fincas. De allí he sacado yo dinero á fuerza de estrujar, cuando ningún otro cobrador en este mundo hubiese sido capaz de sacar ni un ochavo. ¡Y así es como se me agradece! ¿Y por qué, después de todo? Pues van ustedes á ver ¿Ven ustedes ese saco de dinero aquí en esta mesa? Pues allí apenas habrá un penique por el que un niño hambriento no habrá llorado para que con él le compren pan. Pero yo lo saqué para aquel caballero estrujando, y chupando, y apretando. Miren ustedes, estoy bastante hecho á esa labor, pero hay allí dinero que me hubiese á mí sido imposible tomar si no hubiese sido pensando en mis propios hijos, que dependen de mí para comer. Y porque le puse una cuenta de veinticuatro chelines para reparación de una escalera en la que ya tres mujeres se habían caído, por el mal estado de la misma, y por lo que las autoridades le hubiesen multado de continuar así por más tiempo, me echa á la calle. No me quiso escuchar una palabra más, por más que me ofrecí á poner de mi bolsillo la cantidad gastada, ¡ay!... y todavía estoy dispuesto á hacerlo si ustedes quieren hablar para que me reponga en mi empleo.

TRENCH (Espantado.) ¡Tomó usted dinero que hubiese

debido servir para la alimentación de niños hambrientos! ¡Bien empleado! Si yo hubiese sido el padre de uno de esos niños, hubiese yo hecho con usted algo peor que echarle á la calle. No quiero yo hablar ni una palabra por salvar su alma, si es que la tiene. El señor Sartorius hizo perfectamente.

LICK.

(Mirándole con ojos muy abiertos, sorprendido y al mismo tiempo despreciativamente divertido en medio de su angustia.) ¡Esa sí que es buena! En fin, comprendo, es usted un joven cándido. ¿Usted se figura que me echa por haber sido yo demasiado duro? Pues no hay nada de eso, todo lo contrario; es porque no he sido duro lo bastante. Nunca á ese señor le he oído decir que estaba satisfecho ya; no, ni lo hubiese estado, aunque yo á todos hubiese desollado vivos. No digo que sea el peor casero de Londres; no puede ser peor que algunos, pero no es mejor que el peor con quien yo haya tratado. Y yo, aunque me esté mal el decirlo, soy mejor que el mejor cobrador que él haya tenido. He sacado más y gastado menos en sus fincas que nadie; quien conozca esa clase de fincas pueda figurarse. Conozcomis méritos, señor Trench, y hablaré por mí mismo, si nadie lo quiere hacer.

COK.

¿Qué clase de fincas es esa? ¿Son casas?

LICK.

Casas de vecindad, alquiladas por semanas á veces á varias familias juntas. Rentan mucho cuando se sabe manejar. No hay nada como aquello. Se calcula el espacio por pies cuadrados, de modo que el casero saca alquileres mucho mayores en proporción que por los palacios de Park Lane.

TRENCH

Espero que mister Sartorius no tiene muchas fincas de esa clase, por más que renten.

LICK.

Señor, no tiene más que fincas de dicha clase, por la cuenta que le tiene. Por cada cien libras ó más que pudo reunir á fuerza de ahorrar y de Dios sabe qué, compró casas viejas, casas que no entraría usted en ellas sin taparse las narices. Ahora las posee

- en San Gil, en Marylebone, en Bethnal Green. Y le va muy bien con ello, como puede usted juzgar por su manera de vivir. Para su propia vivienda ha escogido una casa construida sobre grava y de las más higiénicas. Vengan ustedes conmigo á Robbins's Row y ya verán lo que es higiene. Y soy yo quien le proporciona esas pingües rentas. Díganle á el que vaya personalmente á cobrarlas. Eso sí que no, ya, ya
- TRENCH Pero, ¿quiere usted decir que toda su fortuna, todo cuanto tiene, procede de semejante negocio?
- LICK. No lo dude usted. Cada penique suyo tiene ese origen. (Trench, sumamente impresionado, tiene que sentarse.)
- COK. (Mirándole con compasión.) ¡Ay, hijo mío, el amor al dinero es la raíz de todos los males!
- LICK. Sí, señor, y todos quisiéramos que el árbol creciera en nuestro jardín.
- COK. (Indignado.) Mister Lickcheese, no me he dirigido á usted. No quisiera ofenderle á usted, pero no le ocultaré que me repugna bastante el oficio de cobrador de alquileres.
- LICK. No es peor que muchos otros. Tengo que mantener á mis hijos.
- COK. Verdad, lo admito. En el mismo caso está nuestro amigo Sartorius. Su cariño por su hija es una circunstancia que le excusa, sí, que le excusa.
- LICK. Ella, caballero, es una muchacha feliz. ¡Cuántas muchachas han sido echadas á la calle para proporcionar recursos al cariño paternal del señor Sartorius! Ya sabe usted cuál es el negocio. Espero, caballero, que su amigo de usted querrá interceder en mi favor, ahora que sabe que no estoy en falta.
- TRENCH (Levantándose enfadado.) Me guardaré. Es un negocio abominable desde el principio hasta el fin, y usted no merece mejor suerte por estar complicado en él. He visto la cosa de cerca en los pobres que traían al hospital, y la sangre se me encendía al pensar que semejantes cosas no podían impedirse.

- LICK. (Su enfado, suprimido un momento, vuelve.) Tiene usted razón, caballero; pero supongo que cuando se case con la señorita Blanca, ya tendrá usted cuidado de coger la parte que le toca en ese dinero. (Con ira.) ¿Quién de nosotros es el malo, dígame: yo quien extraigo el dinero para que mis hijos tengan un mendrugo de pan, ó usted quien lo gasta y encima se cree con derecho á despreciarme por mi oficio?
- COK. Mister Lickcheese, esa es una observación muy impropia para dirigida á un caballero; es un sentimiento sumamente revolucionario.
- LICK. Quizá sea así, pero sepa usted que los barrios de Robbins's Row no son una escuela de buenas maneras. Haga usted allí de cobrador durante una ó dos semanas—le cederé gustoso durante ese tiempo mi destino si lo puedo conservar para mí—y verá usted lo que es hablar liso y llano, ya lo creo.
- COK. (Con dignidad.) ¿Sabe usted, buen hombre, con quién está usted hablando?
- LICK. (Sin cuidado.) Sé con quién hablo. ¿Qué me importa usted ni mil otros como usted? Soy pobre y eso basta para hacer de mí un canalla. Para mí no hay consideración, para mí no vale la pena molestarse. (De repente, con humildad, hacia Trench.) Sin embargo, caballero, con una sola palabra que usted dijera... ¿Qué le cuesta á usted? (Sartorius aparece en la puerta sin que lo noten.) Tenga usted compasión con el pobre.
- TRENCH. Me parece que usted siente poca compasión á juzgar por lo que usted mismo confiesa.
- LICK. (Estallando de nuevo.) Más que su excelente suegro. Yo... (La voz de Sartorius sonando con mortal frialdad le paraliza.)
- SART. Señor Lickcheese, puede usted presentarse aquí mañana por la mañana antes de las diez para que concluyamos nuestros negocios. Por hoy no le quiero molestar. (Lickcheese, atemorizado, sale en medio de un silencio sepulcral. Sartorius, después de una pausa penosa, prosi-

gue.) Este hombre es un empleado mío, ó mejor dicho fué, porque, desgraciadamente, he tenido que despedirle por haber repetidas veces infringido mis instrucciones. (Trench calla. Sartorius sacude su turbación y adopta un aire jocoso y burlón que, en todo caso, le sienta muy mal y ahora sobre todo es casi intolerable.) Blanca va á bajar al momento, Harry, ¿sabe usted? (Trench retrocede.) Supongo que ahora puedo llamarle Harry. ¿Qué le parece de un paseito por el jardín, mister Cokane? Tenemos fama aquí por nuestras flores.

COK. Con mucho gusto, caballero, con mucho gusto. La vida aquí es un idilio... un perfecto idilio. Precisamente estábamos hablando de ello.

SART. (Con sorna.) Harry puede luego venir con Blanca. En seguida va á bajar.

TRENCH (Bruscamente.) No, en este momento me es imposible verme con ella.

SART. (Burlándose.) ¿Conque no, eh? ¡Ja, ja, ja! (La carcajada, la primera que se ha oído de él, le pone á Trench los dientes largos. Cokane se encoge, pero de pronto recobra su calma.)

COK. ¡Ja, ja, ja!

TRENCH Pero ustedes no comprenden.

SART. Que no comprendemos. Ya lo creo que comprendemos, ¿verdad, mister Cokane? ¡Ja, ja, ja!

COK. Me parece. ¡Ja, ja, ja! (Salen riendo. Trench cae sobre una silla, vibrando en cada nervio. Blanca aparece en la puerta. Su rostro se ilumina al ver que está solo. Se desliza sin ruido por detrás de su silla y le tapa los ojos con las manos. El da un salto brusco y con una exclamación se separa de ella.)

BLAN. (Atónita.) ¡Harry!

TRENCH (Con forzada cortesía.) Dispense usted... estaba yo pensando... ¿No se quiere usted sentar?

BLAN. (Mirándole con sospecha.) ¿Ha sucedido algo? (Se sienta despacio cerca de la mesa de escribir, en la silla de Cokane.)

TRENCH No, nada.

BLAN. Supongo que papá no se habrá puesto desagradable.

TRENCH No: si apenas le he hablado desde que me separé de usted. (Se levanta, coge su silla y la coloca al lado de Blanca. Esto lo gusta más á ella. Le mira con su sonrisa más seductora. El lanza una especie de suspiro, le coge la mano y la besa apasionadamente. Luego, mirándola en los ojos con expresión sumamente seria, le dice:) Blanca, ¿te gusta mucho el dinero?

BLAN. (Alegremente.) Mucho. ¿Me vas á dar alguno?

TRENCH (Estremeciéndose.) No lo tomes á broma: hablo en serio. ¿Sabes que vamos á ser muy pobres?

BLAN. ¿Es esto lo que te da apariencia de tener neuralgia?

TRENCH (Con insistencia.) Querida mía, no es cosa de risa. ¿Sabes que tengo, justas y cabales, setecientas libras de renta anual para vivir?

BLAN. ¡Qué horror!

TRENCH Blanca, te repito, es cosa muy seria. No lo dudes.

BLAN. No tendría más remedio, querido, que ahorrar en nuestra casa si no tuviese yo nada de fortuna propia. Pero, papá, me ha prometido que una vez casada seré más rica que nunca.

TRENCH Tendremos que arreglarnos como podamos con setecientas libras. Debemos acostumbrarnos á no contar más que con nosotros mismos.

BLAN. Es precisamente lo que pienso, Harry. Si pensase yo compartir y gastar contigo tus setecientas libras, doblaría tu pobreza. En cambio pienso doblar tu riqueza. (Menea la cabeza.) ¿Ha puesto papá alguna dificultad?

TRENCH (Se levanta con un suspiro y vuelve á colocar su silla en el sitio anterior.) Absolutamente ninguna. (Se sienta con desaliento. Cuando Blanca vuelve á hablar, su cara y voz revelan el principio de una lucha con su temperamento violento.)

BLAN. Harry, ¿eres demasiado orgulloso para aceptar el dinero de mi padre?

TRENCH Sí, Blanca, soy demasiado orgulloso.

BLAN. (Después de una pausa.) Eso no es ser muy amable para conmigo.

- TRENCH Tienes que dispensarme, Blanca. No... no puedo explicarlo. Además, después de todo, es muy natural.
- BLAN. ¿Y si yo también me pusiera á ser orgullosa?
- TRENCH Esto es una niñería. Nadie te podrá sospechar de haberte casado por el dinero.
- BLAN. Y si lo hiciera, nadie pensaría mal de mí, ni de tí tampoco, en el caso. (Se levanta y empieza á moverse con inquietud por la habitación) Mira, realmente, Harry, no podemos vivir con setecientas libras anuales; y no es muy distinguido en tí hacer semejante proposición, únicamente porque tienes lo que dirá la gente.
- TRENCH No es solamente eso, Blanca.
- BLAN. ¿Qué más hay, entonces?
- TRENCH Nada, yo...
- BLAN. (Colocándose detrás de él y hablando con forzado buen humor, inclinándose por encima de él y colocándole las manos en sus hombros.) Ya lo sé que no es nada. No seas absurdo, Harry, sé bueno y escúchame: conozco un medio para arreglar eso. Tú eres demasiado orgulloso para tener nada mío, y yo soy demasiado orgullosa para tener nada tuyo. Tú tienes una renta de setecientas libras anuales. Bueno, yo tomaré de papá justas setecientas libras, para principiar y entonces en paz. Me parece que á esto no podrás contestar una palabra.
- TRENCH Es imposible.
- BLAN. ¡Imposible!
- TRENCH Sí, imposible. Estoy decidido á no aceptar la más mínima cantidad del dinero de tu padre.
- BLAN. Pero si él me dará el dinero á mí, no á tí.
- TRENCH Es igual. (Con un esfuerzo para ser sentimental.) Te quiero demasiado para ver una diferencia en ello. (Le tiende la mano hacia arriba, descorazonado; ella se la aprieta por encima de su hombro con igual indecisión. Los dos se esfuerzan en reconciliarse mutuamente.)
- BLAN. Esta explicación es muy bonita, Harry, pero estoy segura de que ahí hay algo que me

ocultas. ¿Te ha dicho papá algo desagradable? Anda, sé franco.

TRENCH Nada, al contrario, ha sido muy amable, por lo menos conmigo. No es eso. No es nada que podrías adivinar, Blanca. Si te lo dijese, te causaría pena, tal vez te ofendiera. Por lo demás, no pienso que tengamos que vivir siempre con solo setecientas libras. Pienso dedicarme con ahinco á mi profesión y trabajar hasta que se me caigan las uñas.

BLAN. (Jugando con sus dedos todavía encima de su hombro.) Pero Harry, yo no quiero que se te caigan las uñas. Mira, quiero saber lo que te callas. (El retira rápidamente la mano; ella se ruboriza de enfado, y su voz no sigue siendo la imitación de una señora distinguida cuando exclama:) Aborrezco los secretos y no me gusta que me traten como á una niña.

TRENCH (Enojado por el tono de ella.) No tengo nada que contar. No me conviene vivir de la generosidad de tu padre; eso es todo.

BLAN. No tenías ninguna objeción que hacer hace media hora, cuando nos encontramos en la antesala y me enseñaste las cartas de tu familia. Tu familia no hace objeciones. ¿Las haces tú?

TRENCH (Serio.) Yo no. Es sólo una cuestión de dinero.

BLAN. (Implorando, poniendo por última vez la voz suave é insinuante.) Harry, ¿á qué disputar de este modo? Papá nunca consentirá en que yo dependa enteramente de tí, y tampoco á mí misma me agrada la idea. Si le dices una sola palabra de eso, desharás la boda, sí, créeme.

TRENCH (Con obstinación.) No puedo remediarlo.

BLAN. (Pálida de rabia) ¡No puede usted remediarlo!... ¡Oh, ya voy comprendiendo! Le voy á quitar la molestia. Puede usted decir á mi padre que la boda la he deshecho yo, y ya no hay más que hablar.

TRENCH (Encogido.) ¿Pero qué dices, Blanca? ¿Estás ofendida?

BLAN. ¡Ofendida! ¡Se atreve usted á preguntarlo!

TRENCH
BLAN.

¡Atreverme! ¿Cómo?
¡Cuánto más decente hubiese sido confesar que usted sólo por entretenerse me habló en aquella fonda del Rin! ¿A qué ha venido usted aquí hoy? ¿Por qué escribió usted á su familia?

TRENCH
BL N.

Bueno, Blanca, si no puedes tener calma... Esto no es contestar. Usted consultó á su familia para ver si podía cumplir su compromiso, y ella no puso reparo alguno. Demasiado se alegraba de verse libre de usted. No fué usted lo bastante bellaco para no presentarse, ni lo bastante varonil para decir la verdad. Pensó que el mejor medio sería provocarme para romper el compromiso: eso sí que es de hombre, el tratar de dejar en mal lugar á la mujer. Bien, ya lo consiguió usted, le dejo libre. De todos modos, sepa usted que hubiése yo preferido que me hubiera usted abierto los ojos de una vez, con brutalidad, aunque hubiese sido pegándome, de cualquier modo antes que enredando de esta manera.

TRENCH

(Acalorado.) ¡Enredando! Si hubiese creído que fuese usted capaz de hablarme de este modo, le aseguro que no me hubiese acercado á usted. Me dan ganas de no volverla á hablar en mi vida.

BLAN.

Hará usted bien, ya procuraré yo que así sea. (Yendo hacia la puerta)

TRENCH

(Alarmado.) ¿Qué pretende usted hacer?

BLAN.

Ir por sus cartas... sus traidoras cartas, y por sus regalos, sus odiosos regalos, para devolverlos. Me alegro mucho de que todo se acabó ya, y si... (Cuando pone la mano en el pica-
porte, la puerta desde fuera es abierta por Sartorius, quien entra y cierra detrás de sí.)

SART.

(Interrumpiéndola severamente.) Baja la voz, haz el favor, Blanca; te estás olvidando, se te oye en toda la casa. ¿Qué es lo que pasa?

BLAN.

(Demasiado enfadada para preocuparse de si la oyen ó no) Pregúntaselo á este señor. Viene con excusas por cuestión de dinero.

SART.

¡Excusas! ¿Excusas de qué?

- BLAN. Para plantarme.
- TRENCH. (Con vehemencia.) Digo que nunca...
- BLAN. (Interrumpiéndole con más vehemencia aún.) Sí, señor, sí, señor. Usted lo dijo... (Trench repite su aserción, ella le contradice, las voces de los dos se mezclan para formar un ruido confuso de palabras entrecuchadas.)
- SART. (A quien desespera el barullo.) Silencio. (Gritando aún más.) Silencio. (Obedecen. Procede con firmeza.) Blanca, haz el favor de reportarte. No quiero que los criados oigan semejantes escenas. El señor Trench se servirá contestarme por sí mismo. Lo mejor será que nos dejes solos. (Abre la puerta y llama.) Mister Cokane, ¿quiere usted tener la bondad de pasar?
- COK. (Desde la serre.) Voy, caballero, voy. (Aparece en la puerta.)
- BLAN. Te aseguro que no deseo estar aquí. Espero encontrarte solo cuando vuelva. (Una exclamación inarticulada se escapa de la boca de Trench. Sale, pasando furiosa por delante de Cokane. Este la sigue con la mirada, sorprendido, luego mira interrogativamente á los dos hombres. Sartorius cierra la puerta con cierta violencia y se vuelve hacia Trench.)
- SART. (Agresivo.) Caballero..
- TRENCH. (Interrumpiéndole aún más agresivo.) Usted dirá.
- COK. (Poniéndose entre los dos.) Calma, muchacho, calma. Suavidad, Harry, suavidad.
- SART. (Dominándose.) Si tiene algo que decirme, señor Trench, le escucharé con paciencia. Luego me permitirá que le diga yo por mi parte lo que tengo que decir.
- TRENCH. (Avergonzado.) Dispénsame. Hable usted primero.
- SART. ¿Dígame si he de entender que usted se ha negado á cumplir su compromiso para con mi hija.
- TRENCH. Nada de eso; su hija de usted es la que se niega á cumplir su compromiso para conmigo. De todos modos, queda deshecha la boda, si es lo que usted quiere saber.
- SART. Señor Trench, quiero serle franco. Sé que Blanca tiene un genio muy pronto. Este forma parte de su carácter fuerte y sus arran-

ques físicos, mayores que los de la mayor parte de los hombres, se lo aseguro. Tiene usted que hacerse cargo. Si todo ha nacido del genio de Blanca, le doy mi palabra de que antes de mañana todo se habrá arreglado. Pero creo haber entendido por lo que ella hablaba, que usted ponía inconvenientes en la cuestión de dinero.

TRENCH (Con reservada excitación.) Era ella la que ponía inconvenientes. No hubiera yo hecho caso si no me hubiese dicho cosas que ofenden á cualquiera. Me demostró que yo no le importo ni tanto así. (Chasqueando los dedos.)

COK. (Tratando de suavizarle.) ¡Muchacho!

TRENCH Cállate, Billy. Creo que cuando un hombre desea no haber visto nunca á una mujer, esa mujer le ha ofendido de veras. Mire usted, mister Sartorius: le sometí la cosa con toda la delicadeza y la consideración posible, no diciendo ni una palabra de las razones que tengo, si no pidiéndola sencillamente que se aviniese á vivir con la modesta renta que tengo, y se puso como si me hubiese portado peor que un salvaje.

SART. ¿Qué dice usted? ¡Vivir con su renta de usted! Imposible. Mi hija está acostumbrada á mucho lujo. ¿No prometí subvenir á todos los gastos? ¿No le ha dicho á usted ella que me comprometo á ello?

TRENCH Estoy perfectamente enterado, mister Sartorius, y le doy las más expresivas gracias, pero prefiero no aceptar de usted nada, como no sea á Blanca misma.

SART. ¿Y por qué no lo dijo usted antes?

TRENCH El por qué no importa. Dejemos esta conversación.

SART. ¡Que no importa! Sí, señor, importa. Quiero que usted me conteste. ¿Por qué no lo dijo usted antes?

TRENCH Porque antes no lo sabía.

SART. (Irritado.) Pues debía usted haber consultado su propia voluntad antes de meterse en un asunto tan serio. (Se pasea agitado por la habitación.)

- TRENCH (Muy ofendido.) ¡Debía yo haber consultado! Cokane, diga usted, ¿es esto razonable? (Las facciones de Cokane están contraídas por un aire de importancia judicial, pero no dice nada; y Trench vuelve á dirigirse á Sartorius, esta vez con señalada mengua de respeto.) ¿Cómo, demonios, podía yo saber no diciéndomelo usted?
- SART. Usted, caballero, se está mofando de mí. Dice usted que no sabía usted antes cuál era su propia voluntad.
- TRENCH No he dicho semejante cosa. Digo, que no sabía antes cuál era la procedencia de su dinero.
- SART. Mentira, yo...
- COK. Calma, caballero. calma. Harry, muchacho. *Suaviter in modo, forti...*
- TRENCH Que empiece él á calmarse. ¿Qué querrá con hablarme de esa manera?
- SART. Mister Cokane, usted es testigo. Yo di las explicaciones necesarias. Dije que había ganado mi fortuna por mi propio esfuerzo y no me avergüenzo de ello.
- TRENCH Pues no hay tal cosa. He sabido esta mañana por su dependiente—Lickcheese ó como sea su maldito apellido—que su fortuna de usted, ha sido ganada á costa de una porción de desgraciados que apenas tienen bastante para no morir de hambre—ganada á fuerza de estrujar y de sangrar á aquellos pobres seres.
- SART. (Ultrajado.) ¡Caballero! (Se miran de frente amenazadores.)
- COK. (suavemente.) La renta debe pagarse, muchacho. Eso no se puede evitar, Harry, no se puede. (Trench se aparta con enfado. Sartorius le sigue por un momento con la mirada, reflexionando; luego vuelve á adoptar su aire de calma y de dignidad y se dirige á Trench con consideración estudiada, pero con perceptible condescendencia para con su juventud é ignorancia.)
- SART. Me parece, señor Trench, que es usted muy novel en los negocios, y siento haberlo olvidado un momento. Le ruego suspenda usted su juicio hasta que podamos discutir

con calma ese dislate sentimental de usted... permítame que lo llame así. (Toma una silla y mueve á Trench hacia otra á su derecha.)

COK. Muy bien dicho, caballero. Anda, Harry, siéntate y escucha, y considera el asunto con calma y juicio. No seas testarudo.

TRENCH No me opongo á sentarme y escuchar, pero no veo por dónde esto podrá volver blanco lo negro. Además estoy cansado de verme zaherir como si no tuviese razón. (Se sienta; Cokane se sienta junto á él, á su derecha. Se preparan para celebrar una conferencia.)

SART. Empiezo, señor Trench, por preguntarle si acaso es usted socialista ó cosa por el estilo.

TRENCH Le aseguro á usted que no. Soy conservador —por lo menos si me tomara alguna vez la molestia de votar, votaría por los conservadores y contra los otros partidos.

COK. Muy bien, Harry, muy bien.

SAKT Me alegro de ver que hasta aquí vamos perfectamente de acuerdo. Claro está que yo también soy conservador, no de principios retrógrados y anticuados, sino partidario del verdadero progreso, en fin, un conservador de buena cepa. En cuanto á Lickcheese, sólo le diré que le he despedido esta mañana por un abuso de confianza, y en estas circunstancias ya puede usted figurarse lo que vale su testimonio. Por lo que concierne á mis negocios, consisten sencillamente en suministrar viviendas proporcionadas á los exiguos recursos de la gente muy pobre, que necesita techados bajo los que se pueda cobijar, lo mismo que otros. ¿Cree usted que yo pueda dar de balde esas viviendas?

TRENCH Todo eso está muy bien, pero la cuestión es qué clase de viviendas da usted á los pobres por su dinero. Esa gente tiene que vivir en alguna parte, si no, ir á la cárcel. De eso se valen muchos para hacerles pagar por casas que no valdrían para albergue de perros. ¿Por qué no construye usted casas aseadas é higiénicas y las alquila á precio razonable?

SART.

(Con compasión.) Mi querido amigo, esa pobre gente no sabe vivir en casas aseadas, todo lo destrozan en menos de una semana. ¿Lo duda usted? Pues haga usted la prueba por sí mismo. Reponga usted por su cuenta todas las barandillas, escalones, brocales y tapas de basurero que faltan, y en menos de tres días faltarán otra vez. Los habrán hecho astillas y quemado, señor mío. No me choca; los pobres necesitan calentarse y no les queda muchas veces otro remedio que hacer leña de ese modo. Pero yo no puedo, como usted comprenderá, gastarme dinero y más dinero en composturas que no respetan, cuando á penas y con trabajo puedo conseguir que me paguen cuatro chelines y medio por semana por una habitación, que es el precio corriente en Londres. No, caballero, cuando la gente es muy pobre, no puede usted hacer nada por ella, por más que lo sienta. A la larga les hace más daño que provecho el quererles ayudar. Prefiero ahorrar mi dinero para construir más viviendas para los sin hogar, y para aumentar el capital de Blanca. (Le mira. Callan, Trench no convencido pero sin poder replicar, Cokane perplejo. Sartorius frunce las cejas, avanza en su silla como recogiendo para dar un salto y se dirige á Trench con tono significativo.) ¿Y ahora, señor Trench, puedo preguntarle de qué se derivan sus rentas de usted?

TRENCH

(Inseguro.) De intereses, no de casas. Mis manos están limpias en cuanto á eso. Son intereses de una hipoteca.

SART

(Airado) Sí, una hipoteca sobre mis fincas. Si yo, para usar los términos de usted, estrujo y desangro á esa gente para que me pague lo que libremente se han comprometido á pagar, no puedo tocar ni un penique del dinero que me dan hasta no haberle pagado á usted sus setecientas libras. Lo que hacía Lickcheese para mí, lo haga yo para usted. El y yo solo somos intermediarios, usted es el principal. El ries-

go que corro por la pobreza de mis inquilinos me obliga, ya que cobra usted de mí el exorbitante y monstruoso interés de siete por ciento, á mi vez á cobrarles á ellos hasta el último penique. Y luego no vacila usted, señor Trench, en hablar de mí en tono despreciativo porque me he esforzado é ingeniado en manejar nuestros bienes y á hacerlos prosperar por los mismos honrados medios.

COK. (Grandemente aliviado) Admirable, caballero, admirable. Ya me figuré desde luego que Trench, hablando de cosas prácticas, estaba diciendo disparates. Dejemos la conversación, muchacho, que cuando te metes á hablar de negocios, no dices más que tonte-rías. Ya te lo advertí.

TRENCH (Confuso.) ¿Quiere usted decir con todo eso, señor Sartorius, que soy tan malo como usted?

COK. Avergüénzate, Harry, avergüénzate. Esa salida es de malísimo gusto. Sé un caballero, pide perdón.

SART. Permítame, señor Cokane. (A Trench.) Si al decir que usted es exactamente tan malo como yo quiere decir que es exactamente tan impotente para cambiar el estado de la sociedad, tiene usted razón desgraciadamente. (Trench no replica en seguida. Mira fijamente hacia Sartorius, luego baja la cabeza y mira estúpidamente al suelo, moralmente aniquilado, con las manos enlazadas entre las rodillas, una viva imagen de la desilusión. Cokane se acerca á él con aire de simpatía y le pone la mano en el hombro para animarle.)

COK. (Amable.) Vamos, Harry, vamos. Levanta esa cabeza. Debes una contestación al señor Sartorius.

TRENCH (Todavía estupefacto desenlaza despacio los dedos, coloca las manos sobre las rodillas y se levanta apoyándose; desarruga su chaleco con un tirón y trata de tomar con filosofía su desencanto al volverse hacia Sartorius.) Bien, el que tiene tejado de cristal no debe tirar piedras. Pero juro por mi ho-

nor que yo ignoraba que mi tejado fuese de cristal hasta que me llamó usted la atención. Dispénsenme. (Le ofrece la mano.)

SART. No diga usted más, Harry; sus sentimientos le honran. Le aseguro que siento exactamente como usted. Toda persona que tenga corazón debe desear que el mundo estuviese arreglado de otro modo. Pero desgraciadamente no es así.

TRENCH (Un poquito consolado.) Sí, desgraciadamente.
COK. Sin duda, chico, sin duda. El aumento de la población, sobre todo en las clases proletarias, tiene la culpa de todo.

SART. (A Trench.) Espero haberle convencido de que no tiene usted que tener reparos en compartir con Blanca mi fortuna, como yo no veo inconveniente en que comparta ella con usted la de usted.

TRENCH (Confusamente reflexionando.) Así parece... Todos somos cómplices, por lo visto. Espero que usted me dispensará por todo lo que dije.

SART. No haga usted caso. Si se comprende. Realmente le soy muy agradecido por haber ocultado á Blanca la índole de sus escrúpulos. Eso, la verdad, lo admiro en usted, Harry. Después de todo, lo mejor será no decirle nada.

TRENCH (Con angustia.) E-o no puede ser. Tengo que darle una explicación. No sabe usted cómo se quedó de enfadada.

SART. Mire, lo mejor será que deje usted esto á mi cuidado. (Mira su reloj y toca el timbre.) Ya va siendo hora de almorzar. Mientras ustedes se preparan para ello, yo voy á hablar con Blanca, y ya verán ustedes cómo todo se arreglará satisfactoriamente. (La Doncella aparece y Sartorius se dirige á ella con su acostumbrada severidad.) Diga usted á la señorita Blanca que necesito hablarla.

DONC. Bien, señorito. (Sus facciones expresan que duda en transmitir esas palabras; se ve que la cuesta trabajo el irse.)

SART. (Parece haber reflexionado.) Espere usted un momento. (Ella se para.) Diga usted á la se-

- ñorita Blanca que su padre se aburre y tendría mucho gusto en poderla hablar un momento.
- DONC. (Más contenta.) Bien, señorito. (Vase.)
- SART. Voy á enseñarle á usted su cuarto, Harry. Espero que pronto se encontrará usted en él como en su casa. Usted también, mister Cokane, tiene que aprender el camino de casa. Vamos á ver esas habitaciones antes de que baje Blanca. (Va hacia la puerta.)
- COK. (Con alegría, yendo detrás de él.) Nuestra pequeña disputa me ha abierto un apetito feroz.
- TRENCH. (Melancólico.) A mí me lo ha quitado. (Salen mientras Sartorius está en la puerta. Sartorius va á salir también cuando la doncella vuelve á aparecer. Es una persona humilde y simpática.)
- SART. ¡Qué! ¿Viene la señorita?
- DONC. Sí, señor. Me parece que sí.
- SART. Espere usted aquí á que baje y dígame que vengo al momento.
- DONC. Muy bien, señor. (Entra en la habitación. Sartorius la mira con alguna insistencia en el momento de pasar ella por delante de él. Sartorius cierra la puerta, pero no del todo, y sigue detrás de la chica.)
- SART. (Bajando la voz.) ¿Qué le ha pasado á usted?
- DONC. (Gimoteando.) Nada, señor.
- SART. (En voz baja, pero en tono amenazador.) Tenga usted cuidado cómo se porta cuando hay visitas delante. ¿Me entiende usted?
- DONC. Sí, señor. (Sartorius vase.)
- SART. (Fuera) Dispensen ustedes, que tenía que decirle algo á la muchacha. (Se oye que Trench contesta: «Nada, nada», y Cokane: «No haga usted caso, por Dios». El murmullo de las voces se desvanece. La doncella sorbe aire por la nariz y se enjuga las lágrimas. Luego va á uno de los estantes y saca de un cajón unas hojas de papel de color oscuro y un ovillo de bramante. Coloca estos objetos en la mesa y lanza aun un suspiro. Blanca entra con un joyero en la mano. Su expresión es la de una mujer fuerte y determinada, poseída de una pasión violenta. La muchacha la mira con una mezcla de baja afición herida y terror corporal.)
- BLAN. (Mirando á su alrededor.) ¿Dónde está mi padre?

- DONC. (Temblando y queriendo calmarla.) Dijo que vendría en seguida, señorita. Estoy segura de que no tardará. Aquí tiene usted el papel y el bramante, señorita. (Extiende el papel en la mesa.) ¿Quiere usted, señorita, que yo haga el paquetito?
- BLAN. No. No se meta usted en lo que no le importa. (Vacía la cajita encima del papel obscuro. Contiene un paquete de cartas y algunas joyas. Se saca una sortija del dedo y la tira sobre el montón con tanta violencia que rueda y cae sobre la alfombra. La muchacha, sumisa, la recoge y la coloca sobre la mesa, sorbiendo otra vez por la nariz y enjugándose los ojos) ¿Por qué llora usted?
- DONC. (Lastimera.) Me habla usted siempre con tanta dureza, señorita Blanca, y yo la quiero tanto... Estoy segura de que nadie aguantaría lo que yo.
- BLAN. Entonces, váyase usted No me hace usted ninguna falta. ¿Lo oye usted? ¡Hala, fuera!
- DONC. (Llorando, poniéndose de rodillas.) ¡Oh, no, señorita; no me despida usted, no puedo vivir sin verla!
- BLAN. (Con asco iracundo.) ¡Bah! Estoy deseando perderla á usted de vista. (La muchacha, herido el corazón, llora amargamente.) A ver si usted calla. ¿Se han marchado aquellos dos caballeros?
- DONC. (Sollozando.) ¡Oh, cómo pudo usted decirme semejantes cosas, yo quien...!
- BLAN. (Cogiéndola del pelo y del pescuezo.) A callar, digo, si no quiere que la mate.
- DONC. (Protestando é implorando, pero con voz cuidadosamente rendida) Suélteme, señorita Blanca; ya sabe que luego lo sentirá, siempre lo siente. Acuérdesse de cómo me puso usted el otro día.
- BLAN. (Rabiando.) Contéstame, te digo. ¿Se han marchado?
- DONC. Se marchó Lickcheese. Tenía una cara tan... (Se interrumpe con un grito ahogado porque los dedos de Blanca le agarran furiosamente.)
- BLAN. ¿Le he preguntado yo por Lickcheese acaso? Bestia, bien sabe usted lo que quiero decir, pero hace á propósito con contestar así.

DONC. (Con un estertor.) Están esperando el almuerzo.

BLAN. (Mirándola con atención intensa) ¿El?...

DONC. (Murmurando con un meneo afirmativo de la cabeza.)

Sí, señorita. (Blanca lentamente la suelta y se levanta con los puños apretados y el semblante encalorado. La doncella conoce que va pasando la crisis violenta, y ya sin cuidado de más malos tratos, se sienta abatida sobre sus talones y trata de arreglarse el pelo y la gorra, gimiendo un poco con extenuación y tristeza.) Ahora mis manos están que tiemblan y se me caerán las cosas al servir en la mesa, lo que llamará la atención de todos. No está bien, señorita, cómo me trata. (Sartorius tose por fuera.)

BLAN. (Vivamente.) Pronto, levántese. (La muchacha se levanta con presteza y sale procurando no llamar la atención, cruzándose su camino con el de Sartorius que entra. El la mira fijamente y va hacia Blanca. La muchacha al salir cierra suavemente la puerta.)

SART. (Con reproche.) Querida, ¿no podrías reprimir un poco ese genio?

BLAN. (Jadeando á medida que su ataque histérico cede.) No, no puedo. Ni quiero. Hago lo que me parece. Nadie que me quiera me deja por causa de mi genio. No he ejercido mi genio más que con esa muchacha, y es la única que no quiere marcharse de casa.

SART. Pero no olvides, niña, que tenemos que almorzar con aquellos dos caballeros. He venido adelantado para decirte que ya se arregló aquella pequeña dificultad con Trench. No fué sino una trastada de Lickcheese. Trench es un joven chiflado, pero ya todo está arreglado.

BLAN. No quiero casarme con un chiflado.

SART. Entonces tendrás que casarte con uno que tenga más de treinta años. Hija mía, no debes esperar demasiado. Mira, serás más rica que tu marido y, creo, también más lista. Prefiero esto que no lo contrario.

BLAN. (Cogiéndole el brazo.) Papá.

SART. ¿Qué quieres, querida?

BLAN. ¿Puedo hacer en eso del matrimonio como yo quiero, ó debo hacer como quieres tú?

- SART. (Molesto.) Blanca...
- BLAN. Vamos, papá, contéstame.
- SART. (Abandonando el imperio sobre sí mismo y dando rienda suelta á su amor paternal.) Haras lo que te parezca ahora y siempre, alma mía. Yo sólo quiero lo que quiera mi niña de mi corazón.
- BLAN. Entonces no quiero casarme con él. Se ha burlado de mí. Se figura superior á nosotros, se avergüenza de nosotros: se ha atrevido á rechazar tu dinero, como si no fuese natural aceptarlo, y por fin le ha tentado el dinero. (Le echa las manos con pasión por el cuello) Papá, no deseo casarme; yo sólo quiero estar contigo y ser feliz como lo hemos sido siempre, Aborrezco la idea del casamiento. No necesito dejarte. (Trench y Cokane entran, pero ella no oye sino su propia voz y no lo nota.) Despídele. Prométeme que le despedirás y me conservarás aquí contigo como siempre hemos... (Viendo á Trench) ¡Oh! (Oculta el rostro en el pecho de su padre.)
- TRENCH (Nervioso) Espero que no estorbamos.
- SART. (Con voz de trueno.) Señor Trench, mi hija ha cambiado de idea.
- TRENCH (Desconcertado.) ¿Qué dice usted?
- COK. (Con agriez.) Me parece, Harry, que en estas circunstancias tenemos que buscar almuerzo en otra parte.
- TRENCH Pero, señor Sartorius, ¿ha explicado usted...?
- SART. (En la cara de Trench.) He explicado. Abur. (Trench, ofendido, avanza un paso. Blanca se separa de su padre y cae sobre una silla. Sartorius no se mueve del sitio.)
- TRENCH (Se vuelve indignado hacia la puerta.) Ven, Cokane, vámonos.
- COK. Ya lo creo, Harry, ya lo creo. (Trench sale muy enojado. La doncella, con una bandeja, entra y pasa á su lado.) Nunca hubiese yo pensado esto de usted. Caballero, usted lo pase bien. (sigue detrás de Trench.)
-





ACTO TERCERO



El salón en casa de Sartorius en Bedford Square. Noche de invierno; lumbre llameando, cortinas bajadas y lámpara encendida. Sartorius y Blanca están sentados, sombríos, cerca de la chimenea. La Doncella, que acaba de traer café, está colocando el servicio en una mesita entre los dos. En medio de la habitación hay una mesa grande. Mirando desde ella hacia las dos ventanas, se ve á la derecha un piano de cola encima del que hay una fotografía de Blanca, colocada sobre un diminuto caballete. Hay dos puertas, una á la izquierda, más allá de la chimenea, que da al despacho; otra en el rincón muy cerca de la ventana de la derecha, da á la antesala. Blanca tiene á mano su canasto de labores y está haciendo calceta. Sartorius, más cerca de la lumbre, lee un periódico. La Doncella sale.

SART. Blanca, querida.

BLAN. ¿Qué se te ofrece, papá?

SART. He tenido una larga conversación hoy con el médico acerca de nuestro viaje al extranjero.

BLAN. (Impaciente.) Estoy perfectamente de salud y no sé por qué he de salir fuera. Sólo la idea de ir al continente me asquea. ¿Por qué me molestas tanto con lo de mi salud?

SART. No es tu salud, sino la mía la que no está bien.

BLAN. (Levantándose.) ¿La tuya? (Va con gran interés hacia él.) Pero, papá, ¿qué sientes? Supongo que no será grave.

- SART. Lo que siento... ¿Cómo te lo diré? Mira, el tiempo pasa y no vuelve.
- BLAN. No te entiendo.
- SART. El médico dice que necesito cambiar de aire, viajar, distraerme...
- BLAN. ¡Distraerte! ¡Tú necesitas distraerte! (Lanza una carcajada y se sienta en la alfombra á sus pies.) ¿Cómo es eso, papá, que tú, tan listo con todo el mundo, no lo eres nada conmigo? ¿Crees que no veo bien clarito tu pequeño plan de llevarme afuera? Como yo no quiero hacer de enferma y permitirte á tí que seas el enfermero, has ideado ser tú el enfermo y que yo la enfermera sea.
- SART. Muy bien, Blanca; si te empeñas en decir que estás buena y sin ningún pesar en el alma, tengo que insistir yo en estar enfermo y con grave preocupación. En realidad, niña, no debemos seguir como venimos viviendo desde hace cuatro meses. Tú no has sido dichosa en todo ese tiempo, y yo he estado muy lejos de estar contento. (La cara de Blanca se anubla; se aparta de él y se queda sentada muda y absorta. El espera en vano alguna respuesta, luego prosigue en tono más bajo.) ¿Qué bienes te vienen, Blanca, con ser tan inflexible?
- BLAN. Yo creía, papá, que admirabas la inflexibilidad; muchas veces te he oído enorgullecerte de tu inflexibilidad.
- SART. No digas tonterías, hija mía. ¡Cuántas veces en esta vida he tenido que ceder! Y podría citar á muchos que han tenido que hacer lo mismo para salir del paso. Mira, si es por eso que te empeñas...
- BLAN. No me empeño en nada. No sé lo que quieres decir, papá. (Quiere levantarse y salir.)
- SART. (Le coge el brazo y lo aprieta en sus rodillas.) Mira, niña, no finjas conmigo como si fuese un extraño. Te estás quemando la sangre porque...
- BLAN. (Se desase violentamente y habla al levantarse.) Si lo dices, papá, me mato. No es verdad. Si él estuviese aquí esta noche y se echase delante de mí de rodillas, antes me marchaba

de casa que escucharle. (Sale muy agitada. Sartorius, grandemente conmovido, se vuelve hacia la lumbre con un hondo suspiro.)

SART. (Mirando fijamente á la lumbre) Si esto no se arregla, ya se acabó mi tranquilidad para siempre. Para eso, lo mismo da vivir con mí escribiente ó con mi criada. Y si cedo ahora tendré que ceder siempre. ¡Nada, no hay más remedio! Me he empeñado toda mi vida en que todo ha de andar, según mis ideas, pero no puede ser. No puede ser. Ella es joven y también tiene que disfrutar de la vida. (Entra la Doncella.)

DONC. Dispense, señor, abí está mister Lickcheese que desea verle á usted en un asunto urgente. Dice que es muy importante.

SART. ¿Lickcheese ha dicho usted? ¿Es ese Lickcheese que venía antes aquí y que era empleado mío?

DONC. El mismo, señor, pero está desconocido. Si viera usted.

SART. (Arrugando la frente.) Claro, estara muriéndose de hambre. Vendrá á pedir limosna.

DONC. (Rechazando la idea con vehemencia.) Quíá, nada de eso. Esta hecho un señor. Lleva un gabán de pieles. Va muy elegante. Ha venido en un carruaje. Debe de haber hecho una fortuna.

SART. ¡Caramba!... En fin dígale que pase. (Lickcheese que ha estado esperando á la puerta, entra al punto. El cambio en su persona es asombroso. Lleva traje de vestir, con un magnífico gabán de pieles. En su pechera centellea un enorme brillante. Su sombrero de copa tiene reflejos deslumbradores. Una elegante cadena de reloj cuelga como una guirnalda encima de su irreprochable chaleco. Sus patillas están afeitadas, y se ha dejado crecer el bigote cuyas guías están dadas con brillantina y empinadas. Sartorius le mira atónito, mientras él sonríe con complacencia, dejándose admirar y gozando del efecto que produce. La Doncella, alegrándose casi tanto como él de ese golpe teatral, sale radiante, llena de noticias para la cocina. Lickcheese remata el golpe con un gesto triunfal hacia Sartorius.)

- SART. (Volviendo en sí con tono hostil.) Bueno. ¿Que?...
LICK. Bueno, gracias, Sartorius. ¿Y usted?
SART. No he preguntado por su salud. ¿A qué viene usted aquí?
LICK. ¿A qué he venido? Pues con motivo de un negocio que podré colocar en cualquiera parte si no me recibe usted con la debida cortesía, amigo Sartorius. Sepa usted que ahora tratamos de igual á igual. Antes era el dinero el que era mi amo, no usted, sépalo. Ahora que no tengo que apurarme por dinero...
SART. (Yendo vivamente hacia la puerta y abriéndola.) Ahora puede usted salir de aquí lo mismo que antes.
LICK. (Con indulgencia.) Vamos, hombre, no sea usted así. Vengo aquí como amigo para darle á usted dinero. No haga usted como si eso no le importara. Vamos.
SART. (Vacila y luego cierra la puerta, diciendo cautelosamente.) ¿Cuánto dinero?
LICK. (Victorioso, yendo hacia la silla de Blanca y quitándose el gabán.) ¡Ah, caramba! Ahora habla usted como es, Sartorius. Ahora supongo que me va usted á decir que me siente.
SART. (Viniendo desde la puerta.) Lo que tengo gana de hacer es cogerle á usted por el cogote y tirarle por la escalera abajo, insolente.
LICK. (Sin ofenderse en lo más mínimo, coloca su gabán en el respaldo de la silla de Blanca y saca una petaca de su bolsillo.) Nos conocemos demasiado, Sartorius, para que yo me ofenda de sus palabras. Tome usted un cigarro.
SART. Aquí no se fuma. Es la habitación de mi hija. De todos modos, siéntese, siéntese. (Se sientan.)
LICK. He adelantado una miaja desde que nos vimos la última vez.
SART. Ya veo.
LICK. Lo debo en parte á usted ¿sabe? aunque parece mentira.
SART. No me importa.
LICK. Así le parece á usted, Sartorius, porque nunca le importó cómo yo adelantara. Yo, mien-

tras trabajaba en provecho suyo, cobrando los alquileres... pero algo cogí para mí allá abajo en Robbins's Row.

SART. Siempre me lo imaginé. ¿Ha venido usted á restituir algo?

LICK. ¡Pero, Sartorius! No lo aceptaría usted aunque se lo ofreciese. No fué dinero, sino conocimientos... conocimientos de la gran cuestión pública que se llama alojamiento de las clases obreras. Ya sabe usted que existe una Real Junta que se ocupa en esa cuestión.

SART. Ya veo. Usted ha hecho denunciaciones.

LICK. ¡Qué cosas tiene usted! ¿Qué bien me vendría á mí con eso? Ni siquiera los gastos míos me resarcirían. Descuide usted, que no he hecho denunciaciones; pero voy á decirle lo que he hecho. Lo que sabía me lo callé, con gran satisfacción de una ó dos personas que hubiesen sentido mucho verse figurar en el libro azul de los que alquilan inmuebles zaquizamís. Como sabían que yo sabía, compraron mi silencio por una suma respetable. Fué bastante para salir yo adelante; yo no necesitaba más. Tengo ahí en el bolsillo de mi gabán una copia del primer dictamen de la comisión. (Se levanta y va hacia su gabán de cuyo bolsillo saca un libro azul.) He señalado la página para enseñársela á usted. creí que le interesaría. (Abre el libro en la página señalada y se lo tiende á Sartorius.)

SART. ¿Con que esas tenemos? (Coloca el libro en la mesa sin mirarlo y da un puñetazo en él) Pues sepa usted que no me importa tanto así que mi nombre figure en el libro azul. Mis amigos no lo leen; yo no soy ni ministro ni diputado. Por ese lado no saca usted nada de mí

LICK. Pero ¿qué está usted diciendo? Habrá... ¿De modo que se está usted figurando que yo he contado cosas de sus fincas? Por Dios, parece mentira que no me conozca usted mejor. Además, ¿para qué había yo de hablar, si todo el mundo le conoce á usted? Aquellas escaleras por las que reñimos us-

ted y yo; pues si viera nsted el escándalo que armó el clérigo por la mujer que se hirió al caer por ellas. ¡Cómo le puso á usted el buen señor en los debates de la Comisión! No comprendo cómo un sacerdote pueda ser tan poco atento y tan duro. No podría yo ser así. Otro era mi pensamiento.

LICK. Vamos, hombre, ¿cuál era su pensamiento? Desembuche.

SART. (Con intencionada calma, sonriendo y mirándole misteriosamente.) Poco habrá usted gastado en reparaciones desde que nos separamos, ¿verdad? (Sarterius, perdiendo la paciencia, hace un movimiento amenazador.) No se sulfure usted. Conozco un casero que tenía una casuca de las peores que se pueden encontrar en Londres, allá abajo cerca del Tower. Por consejo mío aquel señor puso la mitad de la casa como nueva, con todo lujo y comodidad, y dejó la otra mitad á una nueva Sociedad que acababa de fundarse—se llama Sociedad del Támesis del Norte para la conservación en hielo de los carneros—de la que tengo yo algunas acciones de fundador, por cierto. ¿Y qué fué el fin de ello, á su entender?

SART. La ruina de ese casero, supongo.

LICK. Ni Cristo que lo fundó... Una indemnización, amigo, una indemnización. ¿No comprende usted?

SART. Ni pizca.

LICK. Pues es bien sencillo. Mire usted. El terreno en que radicaba aquella finca, hacía falta para ampliación de la casa de la Moneda, tanto al primitivo dueño como á la Sociedad que dije hubo que expropiarlos. Hay que saber esas cosas con anticipación, por mucho que se tengan escondidas.

SART. (Interesado, pero con cautela.) Bueno.

LICK. ¿De modo que eso es lo único que tiene usted que decirme? ¿Bueno? Como si se tratara del perro del vecino. Suponga usted que tenga yo alguna noticia de la apertura de una nueva calle que tenga que tirar abajo el barrio de Robbins's Row y transformar

Burkes' Walk en unos solares que valgan treinta libras el pie. . ¿no me diría usted más que: (Imitando su voz.) ¿Bueno? (Sartorius vacila mirándole con gran duda. Lickcheese se levanta y se pavonea.) Míreme usted un poco, mister Sartorius; á ver si he medrado. Mire usted esta cadena de reloj; mire usted la tripa que he echado. ¿Cree usted que todo esto ha venido de solo tener cerrada la boca? Pues no, amigo mío, ha venido de tener también abiertos los ojos y los oídos. (Blanca entra, seguida de la Doncella, la que trae una bandeja de plata para recoger las tazas de café. Sartorius, impaciente por la interrupción, se levanta y empuja á Lickcheese hacia la puerta del despacho.)

SART. Espere usted un momento en el despacho. Allí podremos hablar del asunto. Hay una buena lumbre en el despacho, y allí puede usted fumar. Blanca, un antiguo amigo nuestro.

LICK. A los pies de usted, señorita. ¿Cómo está usted?

BLAN. ¡Calla, si es mister Lickcheese! Casi no le conocía.

LICK. También á usted la encuentro algo cambiada, señorita.

BLAN. (vivamente.) ¡Oh! yo soy la de siempre. ¿Cómo está su señora y los niños...?

SART. (Impaciente,) Blanca, tenemos que hablar de negocios este señor y yo. Puedes hablar luego con mister Lickcheese. Entre usted. (Sartorius y Lickcheese entran en el despacho. Blanca, sorprendida por la brusquedad de su padre, les sigue un momento con la mirada. Luego, viendo el gabán de Lickcheese en la silla, lo coge riendo y mira el fondo de pieles.)

DONC. Qué elegante, ¿verdad? A la fuerza mister Lickcheese, habrá heredado. (Confidencial.) ¿Qué tendrá que tratar con el señorito? Le ha traído este libraco. (Enseña á Blanca el libro azul.)

BLAN. (Su curiosidad se excita.) Déjame ver. (Toma el libro y lo mira.) Hay aquí una página en que hablan de papá. (Se sienta y empieza á leer.)

DONC. (Doblando la mesa del té y colocándola en un rincón.) Parece más joven ahora, ¿verdad, señorita? No pude reprimir la risa cuando le ví con las patillas afeitadas; como estaba acostumbrada á verle con ellas, me hizo un efecto tan raro... (Blanca no contesta.) ¿No ha concluído usted con su café, señorita? ¿Lo dejo ó lo quito? (Blanca sigue muda.) ¡Oh! Veo que el libro de mister Lickcheese la interesa mucho. (Blanca se levanta bruscamente. La Doncella le mira la cara y al punto se precipita fuera en las puntas de los pies con su bandeja.)

BLAN. ¿De modo que por eso no quiere tocar nuestro dinero? (Intenta romper el libro en dos, pero como no lo logra, lo tira con violencia en la chimenea. Cae delante de los morrillos.) ¡Oh! lo mejor sería no tener ni padre ni familia, así como no tengo madre. ¡Animal de clérigo! Le llaman á mi padre el peor dueño de casas de vecindad de Londres. ¡Dueño de casas inmundas! ¡Qué vergüenza! (Se tapa la cara con las manos y, estremecida, se deja caer en la silla en que está el gabán de pieles. Se abre la puerta del despacho.)

LICK. (En el despacho.) Espere usted sólo cinco minutos, se lo traigo yo aquí. (Blanca coge una labor de su canastilla y queda sentada, tiesa y callada, escuchando con atención. Lickcheese entra hablando con Sartorius que viene detrás de él.) Vive cerca de aquí, en Gower Street, y mi carruaje está delante de la puerta. ¿Me permite usted, señorita? (Tirando suavemente de su gabán.)

BLAN. (Levantándose.) Perdone usted, que no me había fijado. Espero que no lo habré arrugado.

LICK. (Galante, poniéndose el gabán.) Arrugado por usted tiene para mí más valor, señorita. No me diga adiós, porque al momento vuelvo... con uno ó dos amigos ¡Bah! Sartorius, no tardaré mucho. (Sale Sartorius; mira á ver si encuentra el libro azul.)

BLAN. Creía que habíamos concluído con Lickcheese.

SART. Todavía no, creo. Dejó aquí un libro para

que lo hojeara, un libro grande con tapas azules. ¿Lo habrá quitado la muchacha? (Mira hacia los morrillos, mira á Blanca y añade:)
¿Lo has visto tú?

BLAN. No. Sí. (Con enfado.) No, no lo he visto; ¿qué tengo yo que ver con él? (Sartorius recoge el libro y le quita el polvo; luego se sienta tranquilamente á leer. Después de haber ojeado las páginas meneaba la cabeza como asintiendo, como si estuviese del todo conforme con lo que lee.)

SART. Es una cosa curiosa, Blanca, que los señores del Parlamento que escriben libros por el estilo de éste, sean tan ignorantes de los negocios prácticos. Al leerlo podría uno suponer que somos las personas más avaras, más ruines, más duras de corazón que hay en el mundo, tú y yo.

BLAN. ¿De modo que es mentira... aquello del estado de las casas?

SART. (Con calma.) ¡Qué ha de ser mentira! ¡Es la pura verdad.

BLAN. ¿Pero no es culpa nuestra?

SART. Hija mía, si mejorásemos aquellas casas un tanto así, había que subir los alquileres de tal manera, que los pobres no podrían pagarlo y se verían sin hogar en la calle.

BLAN. Pues bien, échalos á la calle y mete en su lugar á gente decente. ¿Por qué hemos de cargar nosotros con el oprobio de albergar á semejante gentuza?

SART. (Abriendo mucho los ojos.) ¿No te parece, hija mía, que eres muy dura para con los pobres?

BLAN. ¡Oh, aborrezco á los pobres! Por lo menos me repugna aquella canalla sucia, borracha y soez que vive como cerdos. Si hay que atenderlos, deja que otros lo hagan. ¿Cómo puedes esperar que nadie piense bien de nosotros cuando se escriben esas cosas de nosotros en aquel libro infamante?

SART. (Con frialdad y algo pensativo.) Veo que he hecho de tí una verdadera señora, Blanca.

BLAN. (Airada.) Bien; ¿te pesa acaso?

SART. No, querida, nada de eso. ¿Pero sabes, Blan-

- ca, que mi madre fué una mujer muy pobre, y que el serlo no fué culpa suya?
- BLAN. ¿A mí que me cuentas con eso? La gente con la que nos queremos codear ahora no saben nada de ello. Tampoco es culpa mía, supongo, y no veo por qué yo había de sufrir por ello.
- SART. (Con ira.) ¿Quién le hace á usted sufrir por ello? ¿Qué sería usted ahora si su abuela no hubiese estado, para pagar mi educación, lavando ropa durante trece horas cada día y se creía rica cuando sacaba quince chelines por semana?
- BLAN. (Entadada.) Pues hubiese bajádo á su nivel en vez de elevarme por encima, como ahora. ¿Quisieras que fuéramos á vivir en la casa que dice el libro, todo por honrar la memoria de mi abuela? La idea solo me es odiosa. No quiero saber nada de eso. Te quiero porque me has criado para cosa mejor. (Medio aparte, volviéndole casi la espalda.) Te odiaría si no lo hubieras hecho.
- SART. (Cediendo.) Bien, hija mía, es natural que pienses así, en vista de cómo te has criado. Es la manera de ver las cosas de una gran señora. No riñamos, querida. Todo se arreglará. He decidido hacer reparaciones importantes en mis fincas y meter en ellas inquilinos decentes. Y ahora, ¿estás contenta? Sólo espero el consentimiento de la dueña del terreno, Lady Roxdale.
- BLAN. ¡Lady Roxdale!
- SART. Sí, pero también quiero que el acreedor hipotecario asuma una parte del riesgo.
- BLAN. El acreedor hipotecario... quieres decir... (No puede acabar la frase, Sartorius lo hace por ella.)
- SART. Harry Trench. Sí, hija. Y no olvides que si consiente en entrar en la combinación, no tendré más remedio que tener relaciones amistosas con él
- BLAN. ¿Y admitirle en casa?
- SART. Claro, aunque no sea más que para tratar del negocio. Si no quieres, tú no necesitas verte con él. Cuando entre, te retiras.

- BLAN. (Muy impresionada.) ¿Y cuándo va á venir?
- SART. No podrá tardar mucho. Lickcheese ha ido á buscarle.
- BLAN. (Con desmayo.) Entonces estará aquí dentro de pocos minutos. ¿Qué debo hacer?
- SART. Si quieres hacerme caso, recíbele como si nada hubiese pasado, y luego sal y déjanos tratar de nuestros asuntos. ¿Temes encontrarte con él?
- BLAN. Temer, no, ca. Pero... (Se oye fuera la voz de Lickcheese.) Ya están ahí. No le digas que estoy aquí, papá. (Se precipita en el despacho. Entra Lickcheese con Trench y Cokane. Cokane aprieta efusivamente la mano de Sartorius. Trench, sin cumplidos y malhumorado, evidentemente no se ha consolado todavía de su desilusión, se inclina vagamente como resentido. Lickcheese trata de neutralizar la cohibición general hablando alegremente hasta que todos estén sentados alrededor de la mesa grande; Trench cerca de la chimenea; Cokane próximo al piano, y los otros dos entre ellos, quedando Lickcheese al lado de Cokane.)
- LICK. Pues aquí estamos reunidos, y amigos todos, por casualidad. Porque ha de saber usted, Sartorius, que aquí, mister Cokane, es bastante amigo para trabajar un poco en mis negocios, me ayuda en la correspondencia, es mi secretario, como quien dice. Yo no entiendo de estilo literario, eso es la verdad, y mister Cokane me redacta, con la habilidad que tiene, mis cartas, prospectos, anuncios y demás cosas. ¿Verdad, Cokane? ¡Y poco bien que lo hace usted! Ha estado ayudándome esta noche á persuadir á su antiguo amigo, el doctor Trench, acerca del asunto que hemos hablado.
- COK. (Austero.) No, mister Lickcheese, nada de persuadir. Esto es una cuestión de principios. Dije: es tu deber, Harry, tu deber poner aquellos abominables edificios en estado de aseo y de habitabilidad. Como hombre de ciencia tienes la obligación sacratísima de velar por la salud común y cumplir con los mandatos de la higiene. En cuestiones

- del deber no cabe querer tergiversar, aun tratándose del mejor amigo.
- SART. (A Trench.) Opino de la misma manera que mister Cokane, que es nuestro deber, un deber que tal vez he descuidado por demasiado tiempo sin consideración por la clase más pobre de inquilinos.
- LICK. Ni duda tiene, caballeros. De mí sé decir, que cuando se trata de negocios, soy agarrado como el que más, pero el deber es el deber.
- TRENCH. En realidad, no veo que sea más mi deber ahora que hace cuatro meses. Miro el asunto sencillamente como una cuestión de dinero, nada más.
- COK. Avergüénzate, Harry, avergüénzate.
- TRENCH. Cállate, imbécil. (Cokane se levanta de un salto. Lickcheese le agarra del gahán y le retiene.)
- LICK. Calma, calma, señor secretario. El doctor Trench ha querido bromear.
- COK. Insisto en que retire esa expresión. Me ha llamado imbécil.
- TRENCH. (Malhumorado) Y lo eres.
- COK. Más eres tú. ¿Ahora qué?
- TRENCH. Pues ahora estamos en paz. (Cokane, tosiendo, se sienta.) Lo que digo es lo siguiente: No hagamos tonterías. Según entiendo, van á tirar abajo la calle de Robbins's Row para hacer una calle moderna hacia el Strand, y lo mejor para nosotros sería buscar una indemnización alta.
- LICK. (Exultando.) Eso es, doctor. Eso mismo.
- TRENCH. (Continuando.) Pues bien, según parece, cuanto más sucia está una casa, tanto más renta, y cuanto más decente es, tanta más indemnización dan al expropiarla. Por eso tenemos que quitar la suciedad y procurar por la decencia.
- SART. No estoy del todo de su opinión, pero...
- COK. Perfectamente, señor Sartorius, perfectamente. El caso no es posible exponerlo con peor gusto y menos tacto de lo que ha expuesto Trench.
- LICK. ¡Chist!

SART Tampoco en esto estoy conforme, señor Cokane. El doctor Trench ha expuesto el caso francamente como hombre de negocios. Mi punto de vista es más elevado, como de hombre público. Vivimos en una época de progreso; las ideas humanitarias avanzan y hay que tomarlas en cuenta. Pero llego finalmente á la misma conclusión práctica que él. No creo que dejando las cosas como están podamos reclamar una indemnización de alguna cuantía.

LICK Naturalmente que no, y tampoco la lograrían de reclamarla. Mire usted, doctor, la cosa es esta: el Ayuntamiento puede legalmente tirar las casas ruinosas, y, si quiere, dar á los dueños una indemnización irrisoria. Antiguamente, no importaba nada eso, porque éramos nosotros concejales. Las elecciones se hacían á nuestro gusto, entre amigos, y luego hacíamos lo que nos daba la gana. Eso ya se acabó, desgraciadamente. Ni ustedes ni Sartorius tienen ya influencia en el Concejo. Les aconsejo, pues, aprovechen la ocasión y salir del paso con ventaja. Gástense ustedes algo en la finca al final de Cribbs Market, para darle la apariencia de una casa modelo, y cédanme á mí la otra parte en condiciones aceptables para yo hacer un depósito para mi Sociedad de abasto de carneros conservados en hielo. Antes de que pasen dos años, la Sociedad tendrá que dejar el sitio para que se haga la gran vía del Norte al Sur, los terrenos valdrán el doble de lo que valen ahora, y se cobrarán ustedes con pingües ganancias los gastos que ahora hagan. Dejen las cosas como están y se exponen á que dentro de poco los echen fuera, y cobren ustedes una miseria. Conque ustedes verán.

COK. ¡Hombre, hombre, hombre! Muy bien dicho, desde el punto de vista de los negocios. Trench, reconozco la inutilidad de hablarte a tí desde el punto de vista moral. Pero de todos modos no dejarás de confesar que lo

que dice el señor Linckcheese no tiene vuelta de hoja.

TRENCH ¿Pero por qué no pueden ustedes obrar sin meterme á mí en ello? ¿Qué tengo yo que ver con todo eso? Yo no soy mas que el tenedor de una hipoteca.

SART. Se lo voy á explicar, señor Trench. Hay algún riesgo en lo que pensamos hacer. La municipalidad podría alterar la alineación de la calle nueva. En ese caso, el dinero invertido en los mejoramientos de la casa se habría tirado, sencillamente tirado. Peor que tirado, si vamos á ver, porque entonces se quedaría sin alquilar, ó solo á medio alquilar durante años. Usted, en cambio, desearía seguir cobrando sus siete por ciento como antes.

TRENCH Uno tiene que vivir.

COK. No veo la necesidad. «Je n'en vois pas la nécessité.»

TRENCH Hombre, cállate, si puedes, ó si no habla una lengua que entiendas. No, señor Sartorius, no puede ser. Tendría mucho gusto en hacer causa común con ustedes si mis medios me lo permitiesen. Pero no puedo. Así, pues, no hablemos más de ello.

LICK Pues permítame que le diga que es usted un tonto.

COK. ¿No te lo dije yo, Harry?

TRENCH Usted, mister Lickcheese, ¿qué tiene que ver en este asunto?

LICK. Vivimos en un país de libertad; todo el mundo tiene el derecho de decir su opinión. (Cokane grita: «Hable usted, hable usted.») Y dígame, ¿dónde me deja usted sus sentimientos por aquella pobre gente, señor Trench? Recuerde usted cómo sepuso cuando por primera vez le hablé de ella. ¿Es que se ha vuelto usted duro de corazón?

TRENCH Nada de eso; por ahí no me coge usted. Antes me demostró usted que era inútil ser sentimental por la manera cómo alojan ustedes á la gente pobre. Y ahora de repente se vuelven filantrópicos para convencerme

de que tome parte con mi capital en su especulación. Algo he aprendido con ustedes, no se crean. Quiero conservar intacta mi renta, que bastante pequeña es.

SART. Señor Trench, oiga usted lo que le digo. A mí es indiferente para el negocio lo que usted decida en esto que estamos hablando. Puedo fácilmente sacar el dinero de cualquier parte y liquidar su hipoteca. Pero tenga en cuenta que si emplea usted sus diez mil libras esterlinas en papel del Estado, tendrá una renta anual: doscientas cincuenta libras en vez de setecientas. (Trench, completamente parado, le mira sin saber qué decir. Cokane interrumpe el silencio.)

COK. Ahí tienes lo que se saca de ser avaricioso, Harry. Pierdes de un golpe dos terceras partes de tu renta. Bien empleado te está.

TRENCH. Está muy bien, pero no lo comprendo. Dígame, mister Sartorius, si usted podía cancelar la hipoteca, ¿por qué no lo ha hecho antes ya?

SART. En primer lugar, ¿por qué he de mentir? por la sencilla razón de que, como hubiese tenido que tomar prestada esa cantidad al mismo interés, no hubiese adelantado nada con el cambio. Luego, mientras tanto usted hubiese perdido cuatrocientas libras, un piquillo, como quien dice. No tenía motivo para causarle daño. Y ahora mismo me alegraría de poder dejar subsistir la hipoteca si las circunstancias expuestas por mister Lickcheese no me obligasen. Además, señor Trench, durante algún tiempo estuve en la esperanza de que nuestros intereses estarían unidos por vínculos más estrechos aún que los de la amistad.

LICK. (Se levanta de un salto.) ¡Ya salió! ¿Para qué hablar más? Dispénsame, señor Trench. Dispénsame, mister Sartorius. Dispénsenme esta libertad que tomo. Ahí va: ¿por qué no se casa el señor Trench con la señorita Blanca, que así todo se arreglaba? (Sensación. Lickcheese se sienta muy satisfecho.)

- COK Olvida usted, mister Lickcheese, que la señorita, de cuyo gusto no se puede prescindir, se opuso resueltamente á casarse con él.
- TRENCH Tal vez se haya enamorado de tí.
- COK. No quiero decir eso, Trench. Si tuvieses delicadeza, no dirías semejante cosa. Tienes poca educación, créeme.
- TRENCH (Levantándose con fiereza.) Ya te dije lo que eres tú.
- COK. Y yo lo que eres tú. Y lo puedo repetir, si quieres, lo puedo repetir.
- LICK. Oiga usted, señor secretario; usted y yo, como casados que somos, no podemos terciar en un asunto en el que se trata de una señorita. Conozco á miss Blanca; tiene para los negocios el ojo de su padre. Explíqueme usted este trato que propongo, y verá usted cómo lo acepta. ¿Por qué no ha de haber un poquito de poesía en los negocios... cuando no cuesta nada? Todos tenemos nuestro corazoncito; no somos sólo máquinas de calcular.
- SART. (Indignado.) ¿Pero usted se figura, Lickcheese, que mi hija ha de entrar como parte en un negocio de dinero entre usted y esos caballeros?
- LICK. ¡Por Dios, Sartorius, no hable usted como si fuese el único padre en el mundo! Yo también tengo una hija y la quiero tanto como usted á la suya. Lo que propongo no perjudica ni á la señorita Blanca ni al doctor Trench.
- COK. Lickcheese tiene un modo algo brusco de expresarse, mister Sartorius, pero no tiene nada de tonto, y lo que dice tiene miga. Si realmente su hija de usted pudiese resolverse á sentir simpatía por Harry, por mi parte no pondría ningún inconveniente.
- TRENCH ¿Y qué tienes tú que ver en este asunto?
- LICK. Comprenda usted las cosas, señor Trench. Necesitamos conocer su opinión. ¿Está usted todavía por casarse con la señorita Blanca si ella está conforme?
- TRENCH (Con sequedad.) No sé qué le diga. (Sartorius se levanta indignado.)

- LICK. Permítame un momento, mister Sartorius.
(A Trench.) Vamos, señor Trench: dice usted que no sabe, pero no dice que no quiere. Eso es lo que necesitamos saber.
- TRENCH (Mohino.) No quiero que las relaciones entre Blanca y yo formen parte de un negocio.
(Se levanta para marcharse.)
- LICK. (Levantándose.) Basta con eso; un caballero no puede decir menos. (Insinuante.) Ahora, nos permitirá que entremos Cokane y su papá político y yo en el despacho para formalizar el documento respecto del arrendamiento á la Sociedad de abasto de los carneros; la madre del cordero, como quien dice.
- TRENCH No tengo semejante idea. Me voy á mi casa. Yo dije todo cuanto tenía que decir.
- LICK. No se vaya usted. Quédese un minuto solo. Cokane y yo estaremos al momento para acompañarle á usted á casa. Espérenos aquí, haga el favor. Es un buen muchacho.
- TRENCH Bueno, si se empeña usted...
- LICK. (Alegre.) Ya sabía yo que no se negaría.
- SART. (En la puerta del despacho, á Cokane) Después de usted, caballero. (Cokane se inclina ceremoniosamente y entra en el despacho.)
- LICK. (En la puerta, al lado de Sartorius.) Nunca ha tenido usted un hombre de negocios como yo, Sartorius. (Entra en el despacho riendo, por bajo, seguido de Sartorius.)
(Trench, dejado solo, mira con cuidado á su alrededor y escucha un momento. Luego va sobre las puntas de los pies hacia el piano y se apoya en él con los brazos cruzados contemplando el retrato de Blanca. Esta se presenta en la puerta del despacho. Al ver en qué está ocupado, cierra suavemente la puerta, se desliza hacia él y le mira con atención. El se levanta, coge el retrato del caballete y lo contempla apartándolo de sí hasta donde alcanza su brazo. Luego, echando otra mirada á su alrededor, para asegurarse de que nadie le ve, se encuentra con Blanca junto á él. Deja caer el retrato, y la mira como espantado sin acertar á decir una palabra.)
- BLAN. (Con violencia.) ¡De modo que ha vuelto usted aquí! ¡Ha tenido usted la avilantez de presen-

tarse otra vez en esta casa! (El se ruboriza y retrocede un paso. Ella le sigue implacable.) ¡Qué alma más baja debe de ser la suya! ¿Por qué no se va usted? (Se extremece él y se pone aún mas colorado, se precipita bruscamente para coger su sombrero que está en la mesa; pero cuando va hacia la salida, ella, intencionadamente se pone por su camino y le obliga á pararse.) No deseo que se esté usted. (Por un momento están frente á frente, muy cerca uno de otro, ella provocativa, altanera, medio desafiándole, medio invitándole á acercarse más, en un arrebató de mal disimulada excitación física. De repente él echa de ver que toda esa fiereza es de índole erótica, que ella le está haciendo el amor. Sus ojos se brillantan; una expresión de astucia palpita en las comisuras de sus labios y fingiendo completa indiferencia vuelve hacia su silla y se sienta con los brazos cruzados. Ella le sigue por la habitación.) Pero se me olvidaba: usted ha visto que podía hacerse algún dinero aquí. Lickcheese le habrá enterado. ¡Usted que era tan desinteresado, tan independiente, que no quería aceptar nada de mi padre! (Al terminar cada oración espera á ver el efecto que produce.) No me chocaría que ahora quisiera usted persuadirme de que ha venido aquí con motivo de una gran obra filantrópica, que quiere usted hacer un beneficio á los pobres, reconstruyendo aquellas casas, ¿eh? (Trench se mantiene en su actitud y no replica palabra.) Claro, porque papá le puede obligar á hacerlo y porque Lickcheese ha descubierto la manera de que sea provechoso. ¡Oh, conozco á papá y le conozco á usted! Para ese negocio ha vuelto usted aquí, á esta casa, de la que fué usted rechazado, despedido. (La cara de Trench se pone sombría, los ojos de ella, al verlo, se encienden.) ¡Ah, eso lo recuerda usted! ¡Conoce que es verdad, no puede negarlo! (Ella se sienta y suaviza su tono al afectar tenerle lástima.) Permitame que le diga que está usted haciendo un papel muy triste, muy triste, Harry. (Al oírse llamar Harry, él desdobla los brazos y una vaga sonrisa de triunfo anticipado se dibuja en su cara.) Usted tan caballero,

con relaciones tan altas, con familia tan distinguida, con escrúpulos tan exquisitos acerca del origen del dinero. Me admiro de usted. Realmente me admiro. Era de creer que, aunque no tuviera usted otra cosa de su familia, ella siquiera le hubiese dotado con algún sentido de la dignidad personal. ¿O cree usted que en este momento tiene usted dignidad? (No contesta.) Pues está usted equivocado, lo que está usted es muy ridículo, tan ridículo como pueda estar un hombre... no sabe usted qué decir, ni sabe qué hacer. Después de todo, lo comprendo; en realidad, su conducta no tiene defensa. (El la mira de frente y apunta los labios como para silbar. Esto la enoja y se pone afectadamente cumplida.) Dispense usted que le haya entretenido, señor doctor. (Se levanta.) No quiero molestar más. Parece usted encontrarse aquí tan perfectamente que no necesito excusarme por dejarle solo. (Finge ir hacia la puerta; él no se mueve, ella vuelve y se pone detrás de su silla.) Harry. (El no vuelve la cabeza, ella avanza un poco más.) Harry, deseo que me conteste á una pregunta. (Sería se inclina sobre él.) Míreme usted á la cara. (No se mueve.) ¿Está usted sordo? (Le pone la mano en el hombro.) Mírame... á la... cara. (El todavía mira fijamente delante de sí. Ella de repente se arrodilla en el suelo á su lado con el pecho contra su hombro derecho y, cogiéndole la cabeza con ambas manos, la aprieta con vehemencia contra la suya.) Harry, ¿qué estabas haciendo con mi fotografía hace un momento, al creerte solo? (Trench hace una mueca á fuerza de contenerse para no sonreír. Ella le echa los brazos alrededor del cuello y lo aprieta contra su pecho en un extático abrazo, añadiendo con ternura furiosa.) ¿Cómo te atreves á tocar algo mio? (La puerta del despacho se abre y se oyen voces.)

TRENCH

¡Que viene gente! (Ella vuelve á su silla de un salto y lo aleja lo más posible de Trench. Cokane, Lickcheese y Sartorius vienen del despacho. Sartorius y Lickcheese se acercan á Trench. Cokane avanza hacia Blanca con la más ceremoniosa amabilidad.)

- COK. ¿Cómo está usted, miss Blanca? ¿Magnífico tiempo, verdad, para la vuelta del hijo pródigo?
- BLAN. Inmejorable, mister Cokane. Tanto gusto en verle. (Le tiende la mano que él galantemente besa.)
- LICK. (A la izquierda de Trench, en voz baja.) ¿Hay novedad, señor Trench?
- TRENCH (A Sartorius, á su derecha.) Cuenten con mi conformidad, haya indemnización ó no. (Aprieta la mano de Sartorius. La Doncella al punto aparece en la puerta.)
- BLAN. Papá, la cena nos espera.
- COK. (Ofreciendo el brazo á Blanca.) ¿Me permite usted? (Salen todos. Blanca del brazo de Cokane; Lickcheese ofreciendo jocosamente á Sartorius un brazo y á Trench otro)
-

Precio: DOS pesetas